

The background of the cover features a silhouette of a child standing next to a large tree, looking towards the right. The scene is set against a warm, orange-hued sky, suggesting a sunset or sunrise. The child's hair is curly, and they are wearing a short-sleeved shirt. The tree's trunk is on the left, and its branches with leaves are on the right.

NAU
EDITORA

INFANCIA CRÓNICA

Versión en español: Beatriz Fabiana Olarieta

Raíza Venas • Rita Ribes (*Org.*)

Caroline Trapp de Queiroz • Cecília Schubsky
Débora Soares • Fernanda Milanez • Juliana Viegas
Luciana Bessa • Cristina Muniz • Núbia Santos
Perseu Silva • Patrícia Desterro • Patrícia Trindade

INFANCIA CRÓNICA

Org.

Raíza Venas • Rita Ribes

Traducción

Beatriz Fabiana Olarieta

1ª edição

Rio de Janeiro
2025

NAU
E D I T O R A

NOTA DE LA TRADUCTORA

Traducir *Infancia crónica* fue un doble desafío: por un lado, hacer viajar en otro idioma palabras que guardan una profunda intimidad con la ciudad que los vio nacer y, por otro, facilitar ese viaje en español por diferentes países de América Latina.

Las crónicas que componen este libro están empapadas de cultura carioca. Costumbres, expresiones idiomáticas, la geografía de la ciudad que, entre otras cosas, permean la cotidianeidad de Río de Janeiro, se respiran en cada página. En el afán de ofrecer elementos al lector para que no pierda la riqueza encerrada en algunas frases, sentí la necesidad de agregar notas al pie para acercarle parte de lo que en ellas se esconde.

Por otra parte, para facilitar la circulación del libro por la diversidad de nuestra América hispanohablante, opté por suavizar mi español argentino intentando usar palabras y expresiones que no lo anclaran tanto a un único país. Agradezco la cuidadosa lectura de Eunice Muruet Luna que, con su mirada mexicana, colaboró con esa tarea.

Como nos reveló la poeta argentina María Elena Walsh, el idioma de infancia es un secreto entre cada uno de nosotros y nuestra tierra. Sepa el lector que parte de ese idioma secreto también se encuentra escondido en estas crónicas en las que ahora se enredan mis palabras.

ÍNDICE

Prefacio, 8

Raíza Venas

Rita Ribes

Palabra: niño, 10

Rita Ribes

Día del niño, 12

Caroline Trapp de Queiroz

En el día de la Marcha, 15

Perseu Silva

Mancha estatua, 17

Núbia Santos

Furgón negrero, 19

Perseu Silva

El lugar y el niño sin lugar, 21

Fernanda Milanez

La Casa de Papel(ón), 23

Caroline Trapp de Queiroz

La ciudad que se muda de la gente, 26

Rita Ribes

Niños, 29

Carol Trapp de Queiroz

Cuando lleguemos..., 31

Juliana Viegas

Lecturas, 36

Débora Soares

Niña mujer, 37

Patrícia Desterro

Secretos , 38

Rita Ribes

Con madrestría, 39

Raíza Venas

¡De nuevo! , 41

Núbia Santos

La ventana del patio, 44

Cecília Schubsky

Comida a escote, 45

Rita Ribes

50% menos, 47

Fernanda Milanez

Combo, 52

Rita Ribes

La piel que habito, 54

Núbia Santos

Facultad de marketing, 57

Juliana Viegas

La feria, 58

Patrícia Trindade

Angelitos, 61

Juliana Viegas

Como está y como puede, 62

Raíza Venas

Grandes, 64

Patrícia Trindade

Des-perdida, 66

Raíza Venas

Ir de compras, 69

Rita Ribes

Libros y paños, 72

Fernanda Milanez

Encuentro, 75

Cristina Muniz

El pequeño personaje, 81

Raíza Venas

Objeto de museo, 84

Patrícia Desterro

Función de cine, 86

Luciana Bessa

Palomitas de maíz, 90

Rita Ribes

Código postal, 91

Caroline Trapp de Queiroz

Sin nombre, 93

Rita Ribes

Los Autores, 95

Epílogo, 98

Gilka Girardello

“El cronista que narra los acontecimientos, sin distinguir entre lo grande y lo pequeño, tiene en cuenta la verdad de que nada de lo ocurrido puede considerarse perdido para la historia”.

Walter Benjamin

PREFACIO

Raíza Venas

Rita Ribes

Invitar al lector a tomar conciencia de la presencia de los niños en la vida cotidiana es la propuesta de este libro. Las crónicas que lo componen fueron producidas, a partir de observaciones de campo, en el proyecto de investigación “Fisonomías de la infancia: vivencias cotidianas, alteridades y desplazamientos”, desarrollado en la Facultad de Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro y financiado por el *Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico* (CNPq). Su escritura es el resultado de la cuidadosa observación cotidiana de los miembros del Grupo de Investigación Infancia y Cultura Contemporánea, dedicados al estudio de la infancia en sus múltiples facetas y fisonomías. Con una trayectoria de más de 15 años de investigación y vasta producción académica, esta es la primera vez que el Grupo de Investigación asume el desafío, nada fácil, de la escritura literaria. Crónicas-garabatos, comenzando a dejar los pañales, en sus primeros trazos. Crónicas como género discursivo literario. Crónicas como registro de investigación. Nos ampara Walter Benjamin, autor que comprendía la figura del cronista como un historiador de lo cotidiano, como un sujeto comprometido en eternizar el instante transformándolo en una cuestión filosófica, tensionando las experiencias que suceden en lo minúsculo con la grandeza de la historia y la cultura. Con Antônio Cândido aprendimos que la literatura es una forma de teoría social y que la crónica es un género atento a las intimidades del mundo y a

la vida que se produce al ras del suelo. Las 35 crónicas aquí reunidas procuran hablar de la infancia de cerca, de forma íntima y sin pretensiones, en un género discursivo cuya sustancia es la simplicidad. Sin embargo, pretenciosamente, entendemos que es también en la sencillez de la vida cotidiana donde se funda la dimensión política de la infancia. Más que tener a los niños como objeto de las crónicas aquí presentadas, nuestra intención es fomentar la construcción de una historia que se sepa incompleta si no incluye su voz y su forma de ver el mundo.

PALABRA: NIÑO

Rita Ribes

En una *Cinelândia*¹ prácticamente ya sin salas de cine, dos niños y una niña intercambiaban empujones y risas, llamando la atención de los pasajeros del metro que emergían a la superficie de la calle arrastrados por las escaleras mecánicas. Los fantasmas –tan presentes en las narraciones de los guías a los visitantes– dirigían el juego en las escalinatas de la Biblioteca Nacional. “¡El fantasma te va a agarrar!”, “¡Estás en la casa del fantasma!”, “¡Te está mirando desde la ventana!” ... Después de repetir el juego unas cuantas veces, se sentaron, exhaustos, junto al portón centenario, compartiendo una *paçoca*² de la caja que, entre una risa y otra, extendían a los transeúntes, intentando vender.

Por un momento pensé que estaba presenciando una fisura en la estructura capitalista porque, contrariando la tesis sobre los llamados “niños-con-agua-en-la-boca”, aquellos que alienadamente venden dulces sin siquiera poder probarlos, por primera vez los veía saboreando el producto que venden. Esa hubiera sido la imagen redentora que quedaría grabada en mi retina en el poco tiempo que los vi, de no haber sido porque

.....

- 1 Nombre popular de la región que rodea la plaza Floriano Peixoto en el centro de Río de Janeiro que, a principio del siglo XX estaba poblada de cines, a los cuáles debe su nombre.
- 2 Golosina hecha con maní molido, azúcar y sal comprimidos muy consumida en Río de Janeiro. En México y otros países de América Latina se le llama “mazapán”.

mi mirada fue desviada por un grupo de alumnos que bajaron de una camioneta, justo ahí, en la esquina y que, con la ayuda de tres maestras y dos guardias de tránsito, caminaban en fila junto a la pared de la Biblioteca con las manos apoyadas en el hombro del compañero de adelante. Todos llevando su uniforme de escuela privada y una pequeña lonchera cruzada sobre el pecho. Caminar en esas condiciones era realmente una hazaña.

Al ver a los niños que saboreaban la *paçoca*, con la ropa y el cabello desalineados, fruto de tantas noches mal dormidas, manos y rostros ennegrecidos por la suciedad acumulada propia de las desigualdades, una de las maestras, desde el final de la fila, le gritó al policía que abría camino en la vereda: “Sáquelos de ahí para que los niños puedan pasar”. Fui tomada por ese impulso que transforma el dolor de la injusticia en el detonante de la lucha y, ya ensayando las primeras frases de indignación, presentí que allí habría un enfrentamiento.

Pero lo que siguió fue un profundo silencio, interrumpido, tal vez, por los empujones entre los fantasmas buscando verificar la palabra niño y sus acepciones en los diccionarios de su Biblioteca, o, quién sabe, por el chasquido seco de los libros cerrándose que prefirieron alimentar sus propios fantasmas. Automáticamente, los niños que jugaban en la escalinata de la Biblioteca cruzaron hacia la plaza central de *Cinelândia* donde otros tantos como ellos todavía dormían en los bancos o al pie de las históricas estatuas. Los alumnos, a su vez, continuaron dificultosamente en fila hacia la puerta de la Biblioteca. Cada grupo, atónito, sin sacarse la vista de encima, se observaba mutua y minuciosamente.

Fue entonces cuando el nuevo tren ligero, símbolo de las modernidades locales recorriendo-las vías, también silenciosamente, se encargó de trazar la línea abisal.

DÍA DEL NIÑO

Caroline Trapp de Queiroz

Algunos de los encuentros más importantes de la vida suelen suceder en el transporte público. Allí nos relacionamos, sin filtros, con el mundo concreto. ¡Hay de todo! Vendedores de dulces, salami, auriculares, linternas *LED* y destornilladores. Familias con la biblia bajo el brazo rumbo a la iglesia, hombres con pulcros trajes rumbo al trabajo, mujeres hiperproducidas rumbo a una salida nocturna, la muchachada con hieleras y sombrillas rumbo a la playa...y niños. En todas las composiciones posibles, hay niños. Desde el dulce al destornillador. Desde la iglesia a la fiesta nocturna. Desde ocio al trabajo.

Hoy no sería diferente, sobre todo porque es el día del niño. En el tercer asiento del autobús, donde me encuentro, una niña con un vestido morado y un lazo blanco en el pelo no puede contener su ansiedad por llegar al circo. Entre las rápidas miradas lanzadas al paisaje y la risa que no le cabe en el cuerpo (tal es su emoción), le pregunta a su madre, con exacta periodicidad de 60 segundos: “¿ya está cerca?” ... “¿estamos llegando?”. “¿es ahora, mamáaa?” ... La madre responde, en un estado de irritación condescendiente: “¡Tranquila, Luana! ¡Hay que tener paciencia! ¡Esto no es un taxi!”.

Cuatro asientos atrás, dos hermanos compiten por abrir los regalos, rompiendo los envoltorios, como si les fuera la vida en ello. La mirada atenta y cansada de la madre, que se comprime en el banco para que los tres quepan en el espacio de dos personas, sigue cada movimiento de sus hijos. “¡Junior, déjala! ¡Si el papel es rosa, no es el tuyo!” – interviene. La her-

mana siempre quiere el juguete que está en manos del hermano mayor, a quien parece no importarle, pues transfiere inmediatamente su atención a otro juguete hasta que este sea reclamado por la hermana. Está tan acostumbrado a la situación que sabe exactamente qué hacer para molestarla: esconder el juguete detrás de su cuerpo, haciéndole imposible alcanzarlo. Ella llora. La madre regaña. Él se ríe. Nuestras miradas se encuentran, en la complicidad de quien parece saber que yo también ya esbocé alguna vez la sonrisa de los hermanos mayores.

El autobús se detiene en el semáforo y miro por la ventanilla, desde donde veo otro niño. Un niño negro, alto y delgado que, en mi familia, sería fácilmente identificado como alguien que está pasando por ese momento en que se “da el estirón”. Allá por los 10 años de edad. En una mano sostiene tres pelotas verdes, de esas de tenis, que son perfectas para hacer malabares. En la otra, una caja de zapatos envuelta con papel de regalo. Está afuera del autobús. En la calle. Solo. Frente a él, también detenida en el semáforo, hay una camioneta *Ranger* plateada. El auto tiene casi el doble de la altura del niño, que habla y gesticula. Gesticula y habla. No obstante, quienes le prestan atención no son los ojos del conductor de la *Ranger*, sino los vidrios de sus ventanillas. Oscuros y cerrados. El reflejo que emana de ellos le devuelve al niño su imagen, como para recordarle su propia existencia... o la ausencia del otro. El semáforo cambia de color y el autobús y la *Ranger* arrancan rumbo a sus destinos – diametralmente opuestos, me arriesgo a decir.

El niño regresa a la acera bajo el típico sol carioca de 35 grados y se sienta, aparentemente esperando otro semáforo en rojo... con la esperanza de que haya alguien dentro del próximo auto. Cuando vuelvo mi atención nuevamente hacia el autobús, me sorprende la mirada de otro niño, que emerge parado en la puerta justo frente a mí y que, descubro, me ha acompañado

en la observación de la escena. Con la potencia de la mirada de quien prácticamente lee los pensamientos, él me convoca a asumir que el día del niño es una realidad solo para aquellos que pueden “atravesar las ventanillas”. Paradójicamente, bajo el pacto de un silencio que grita, sostenemos la certeza de que nosotros, en la mezquindad de quien intenta limpiar bien sus propios vidrios, no estamos solos.

EN EL DÍA DE LA MARCHA...

Perseu Silva

Ella corría de un lado a otro alrededor de su padre. Tenía como máximo 4 años. Era un día de domingo. Para quien diera un rápido vistazo, la Avenida Atlántica parecería tomada por colores y afectos. Los carros alegóricos³ de la 23ª Marcha del Orgullo LGBTQIA+ desfilaban por el carril más cercano a la arena de la playa. El carril lateral también estaba lleno de gente. Música alta, besos en la boca. Los cuerpos disidentes ocupaban la calle.

Apenas llegué a la Marcha, reviví lo mismo que en las últimas ediciones del evento: la policía corriendo tras los niños y jóvenes que robaban entre la multitud. Casi todos eran negros. Tanto los niños como los policías. Todos eran pobres. Y todo el mundo sabe cómo se trata a los pobres. Y, también, todo el mundo sabe cómo se trata a los negros.

Esas escenas cotidianas de racismo al estilo brasileño eran interrumpidas por otros niños y jóvenes también negros. Algunos empujaban sus carritos vendiendo cerveza y agua. Otros, vendiendo churrascos. Entre ellos y la multitud, otros niños negros – y aquí eran sólo los pequeños negros – pasaban, rozando con bolsas transparentes llenas de latas de cerveza vacías y aplastadas, recogiendo del suelo

..... *

- 3 En Brasil las marchas del orgullo gay se caracterizan por el desfile de *trios elétricos*, camiones adaptados con equipos amplificadores de sonido sobre los que se realizan presentaciones de música en vivo.

lo que les ayuda a ganar algo de dinero y a mantenerse con vida. Desde pequeños tenemos que aprender a sobrevivir.

De repente, en medio de toda esa contradicción del capitalismo salvaje, esa niña, también negra, vestida de cisne negro, con su pelo rizado laceraba el nudo instalado en mi garganta. Con su cuerpo libre bailando y jugando. Estaban los dos: padre e hija, marchando contra el odio. Ella reía mientras jugaba con su papá. Él siempre atento a ella, que continuaba a pie, con las manos sueltas, en medio de la Macha. Fue cuando se cruzaron conmigo que mis ojos se llenaron de lágrimas. El padre llevaba un cartel que decía: “Mi hija no fue una debilidad”⁴. Tenía un adhesivo: #*EleNã*⁵.

El acto seguía. La fiesta seguía. Y, como todos los días, seguimos todas y todos en esta contradicción que es la vida.

.....

- 4 El cartel hace referencia a una declaración del entonces presidente, Jair Bolsonaro, que dijo: “Tengo cinco hijos. Cuatro fueron hombres, en la quinta tuve un acto de debilidad y salió mujer.”
- 5 *EleNã* (Él No) fue un movimiento caracterizado por manifestaciones populares lideradas por mujeres, que ocurrieron en diversas regiones de Brasil antes de las elecciones presidenciales de 2018. Tenían el objetivo de protestar contra la candidatura a la presidencia de la República del entonces diputado federal Jair Bolsonaro.

MANCHA ESTATUA⁶

Núbia Santos

Era negra la mano que tocaba ligeramente la vitrina de la zapatería del *shopping*. El dedo del niño señaló unos tenis de colores de una marca poco conocida, o que de tan conocida no me era posible reconocer. Eran tres niños negros. Bermudas coloridas, camisetas grandes para su tamaño, chancas manchadas por el lodo. Además de la suciedad, tres cosas los diferenciaban de los demás niños que también circulaban libremente por allí, ajenos unos a los otros: el color de la piel, la gorra de uno de ellos y la mirada del guardia de seguridad, armado y de uniforme negro, que los observaba atentamente con las dos manos en la cintura.

¿Ellos? Caminan a paso lento, mirando las vitrinas y deteniéndose frente a las tiendas, como si estuvieran jugando a una mancha estatua macabra con el guardia de seguridad, que solo dejaba de avanzar cuando ellos se detenían. Cuerpos frente a la tienda, sin atravesar nunca la barrera de la puerta, cabezas giradas insistentemente hacia atrás, para asegurarse que el macabro juego continuaba. El niño más pequeño no parecía tener más de ocho años y, apretando uno de sus brazos, demostraba preocupación. Los demás debían tener entre diez y doce. Se hacían cosquillas unos a los otros y, de forma deliberada, se reían exageradamente.

.....

6 Juego infantil de persecución conocido como “mancha” en Argentina y Uruguay; “los encantados”, en México y Ecuador y como “pilla-pilla”, en España.

Era blanco el anciano con el que se encontraron... También usaba una bermuda colorida y chanclas, miraba distraídamente su teléfono celular cuando, como por un impulso, se asusta, se detiene y retrocede como un animal salvaje con miedo a lo desconocido. Los niños lo encaran, sus ojos se encuentran. Es visible el descontento del anciano, que ahora continúa caminando hacia atrás sin quitarle los ojos de encima. La mirada agresiva del anciano se encuentra con la mirada cómplice del guardia de seguridad. Como en otro macabro juego de imitación, asume la misma postura que su aliado: manos en la cintura, cuerpo rígido. Uno al lado del otro, observan a los niños que siguen caminando lentamente. Mirando hacia atrás, los chicos miran fijamente a esos dos hombres. La expresión del anciano es de odio. En las expresiones de los niños, las risas nerviosas dan paso a la burla.

Entonces, el más pequeño se detiene. Ahora es su cuerpo el que está rígido. Se coloca las dos manos en la cintura, levanta una en forma de pistola, le apunta al anciano, cierra uno de sus ojos para no errar la puntería y dispara, certeramente, con un silbido mudo. Camina hacia atrás, muy lentamente, hasta desaparecer con los demás en el aséptico y bien iluminado pasillo de la plaza comercial, desde donde se dirigen hacia la salida.

FURGÓN NEGRERO

Perseu Silva

Estamos en plena tarde de domingo. Yo iba a una fiesta de cumpleaños. Parte del comercio del barrio de Botafogo estaba cerrado. La gente caminaba por las calles. Algunos paseaban a sus perros muy bien cuidados. Era, definitivamente, una tarde de domingo, con la dulce armonía, ofrecida por la típica brisa otoñal.

Yo acababa de salir de casa. Andaba tranquilo, como deberíamos andar todos en domingo. Pero algo rompió esa aparente tranquilidad dominical. ¡Qué horrible! ¡Qué escena tan infame! Eran dos cuerpos negros. Dos chicos negros. Obviamente, siempre son nuestros los cuerpos los que navegan hacia el furgón policial. La escena laceró mi camino, tal vez, porque era necesario recordar cómo se tratan los cuerpos negros desde que son niños. A veces, incluso antes del nacimiento.

¡Qué escena más vil! Eran solo dos niños. Parecían tener alrededor de 10 años. Uno de ellos sin camiseta, de piel bien oscura. El otro, de piel un poco más clara, como la mía. Salían de la comisaría rodeados por unos cuatro o cinco policías. Cada uno escoltado bien de cerca por uno de ellos. Se cruzaron frente a mí como una pesadilla que atraviesa la noche y te despierta de pronto. ¿Era locura? ¿Era verdad? Era un golpe en el estómago.

El más claro, de cuerpo escuálido, tenía las manos atrás como si estuviera esposado. Hijos de África, desembarcamos en Brasil forzados por la crueldad de la esclavitud. Y, desde

entonces, ya nacemos esposados. Aprisionados por los eslabones de la misma cadena.

Crucé lo más rápido que pude. Quedé desconcertado. Miré hacia atrás cuando la carrocería del furgón policial se abría. Oscura, estrecha, inmundada, repugnante. Como las bodegas de los barcos negreros. Como se sabe, todo furgón policial tiene un poco de barco negrero.

Una vez allí, cada policía acomodaba a un niño en la parte trasera del vehículo. Le agarraba la cabeza y la empujaba, como quien comprime un paquete para que quepa en el baúl del auto. Los niños, que tuvieron que aprender, desde pequeños, a lidiar con las amarguras de la vida, ahora, sin ninguna expresión, apáticos, procedían a ser colocados en esa análoga bodega.

No pude mirar más. No pude intervenir. No pude. No podemos. Sé que es posible que mucha gente no entienda cómo esto reverbera en nosotros, los negros. Es este el horror que vemos, bajo el cielo, desde que nacemos: negros en los furgones negreros de la policía.

EL LUGAR Y EL NIÑO SIN LUGAR

Fernanda Milanez

Solo quien llega hasta ese lugar se da cuenta de que, en esta época del año – otoño, el camino está muy seco por la falta de lluvias y que, en los días soleados, el polvo dibuja en el suelo de tierra y hace subir una especie de humo casi rojo, avisando cada vez que alguien pasa en auto, moto, bicicleta o, más raramente, en autobús. El rápido pasaje deja huellas en el suelo y en el aire, que desaparecen enseguida. Si se anda por uno de esos caminos, tal vez, se podrá ver al niño, Caíque, de unos nueve años más o menos, uno de los hijos de aquella numerosa familia de comuneros de la región, pasando entre los autos, en una bicicleta oxidada, siempre apurado.

El otro día llegó a su destino, la puerta de la escuela municipal, y se quedó un rato mirando hacia adentro. Ve y se ve en los otros niños que juegan en el patio, enclaustrados en sus uniformes. Reconoce a algunos, los saluda y los llama por sus apodos. Algunos responden y otros se ríen, no se sabe si de él o para él. Decide hacer sus maniobras más radicales en ese trozo de asfalto frente al colegio. Empina su bicicleta un par de veces haciendo *wheelie* y regresa a lo que parece ser su punto de partida: la mirada de los chicos que están dentro de la escuela. Mira furtivamente y con esperanza el patio de cemento, donde a menudo hacía fila, también enclaustrado en su desgastado uniforme, mirando hacia afuera. Es él quien ahora está afuera, en bicicleta, agarrado a la reja del portón de la escuela, y es desde allí desde donde observa las largas mesas arqueadas y opacadas por el desgaste del tiempo. En las paredes, reconoce,

detrás del polvo, los murales adornados con los mismos dibujos mimeografiados indistinguibles. Parece buscar el suyo.

Entonces, pasa un auto. Se levanta una fuerte brisa que expande una nube de polvo ante los ojos de todos y él no encuentra el dibujo, no encuentra a los niños, no se encuentra. Suelta el portón y sigue, en la bicicleta oxidada, dejando tras de sí un nuevo rastro de polvo rojo, que se esparce por el suelo y por el aire para luego posarse, desaparecer y hacernos olvidar quién pasó por allí, *desimprimiendo* su huella y su paso por aquel lugar.

LA CASA DE PAPEL(ÓN)

Caroline Trapp de Queiroz

El día amaneció gris. A ningún carioca le gusta constatar que se acerca un frente frío que trae consigo lluvias. Salir de casa en esas condiciones no supone mayor sacrificio que hacerlo bajo un sol de 40 grados, típico de la estación que es propia de Río de Janeiro: ¡el infierno!

Al cruzar el barrio de Tijuca, cuyo nombre, en tupí, significa “pantano”, “lodazal”, “agua sucia”, lo que condice muy bien con las características topográficas de la región, el autobús se detiene en el semáforo en rojo. Miro hacia un lado y me encuentro con lo que parece ser un negocio en quiebra. Puertas de hierro clausuradas y marquesina con suciedad acumulada. En el letrero polvoriento, ya bastante desgastado por la oxidación del sol, se puede leer “Kalosorisma”. En griego, “acogimiento”, “amparo”, “ser bienvenido”.

Habiendo cerrado sus puertas probablemente a raíz de la crisis económica más profunda que jamás hayamos vivido, situación que nos acompaña desde hace algunos años y que nos ofrece, en Río de Janeiro, la tasa de desempleo más alta del país, Kalosorisma se mantiene fiel a su esencia etimológica: acoge.

Bajo la marquesina de la tienda en quiebra emerge una casa. Sus paredes son edificadas por el estratégico montaje de tres cajas de televisores de cincuenta pulgadas. En tiempos de Mundial de fútbol, esta es la materia prima para muchas creaciones alternativas – resta preguntarse entre qué opciones.

Desde la arquitectura hasta la decoración de muebles, la imaginación humana no tiene límites: casas-caja, camas-caja, techos-caja, mantas-caja, cajón-caja-cajitas...

Allí, en medio de una calle vacía, en un día gris, frío y lluvioso, en el interior de la ciudad que se suponía maravillosa, o que lo es solo para un feliz grupo selecto, Kallorisma da abrigo a otra familia Silva⁷ más. Tapete en la entrada, sábanas en el suelo, puerta entreabierta. Del lado de afuera, el padre intenta vender dulces en el semáforo, en la inminencia de una invisibilidad que se encarga de volver ajena una ecuación que también nos pertenece. Del lado de adentro, juegan dos niños pequeños, bajo la atenta mirada de su madre, que organiza los pocos utensilios que tiene la familia. Sábanas, ropa, recipientes de plástico y paquetes de pañales. Lo efímero de la vida se mezcla con lo efímero de la casa de cartón, de papel... de papelón. Miro al cielo y las nubes anuncian la llegada de otra tormenta. Agua, desagües tapados, basura, insectos, roedores, enfermedades... La Tijuca de agua sucia, como decían los indígenas.

El semáforo cambia a verde, el autobús arranca. Me estiro discretamente hacia atrás, tratando de seguir a la familia hasta donde mis ojos, miopes y llorosos, alcanzan. Al final del día me encuentro en mi propia casa, al abrigo del frío, la lluvia, la insalubridad, el abandono y la invisibilidad. Cuarenta y ocho horas después, decido que voy a bajar del autobús y hablar con los Silva. Lo que voy a decirles es desconocido hasta para mí. ¿Qué se puede decir en el encuentro con la barbarie?

Tomo todo el dinero que encuentro, unos paquetes de galletas, dos cajas de leche y hago mi transbordo, el BRT⁸ y,
.....

7 El apellido Silva es el más común en Brasil.

8 El BRT (*Bus Rapid Transit*) de Río de Janeiro es un sistema de

después, el autobús de la línea 638. Al llegar a Tijuca, me encuentro con las ruinas de lo que un día fue esa casa, nada divertida⁹. La ausencia de la familia inmediatamente nos pone en jaque: ¡el momento de necesidad es ahora! O, como tantas veces oímos, pero rara vez escuchamos: quien tiene hambre tiene prisa¹⁰... y sigue en desplazamiento.

corredores de autobuses que ofrece transporte rápido.

- 9 El texto hace referencia a la canción “la casa”, que Vinicius de Moraes escribió para sus hijos, que Toquinho musicalizó y que es muy popular en los ámbitos infantiles en Brasil. Los primeros versos dicen: Era uma casa muito engraçada/não tinha teto, não tinha nada. Fue traducida al español como: Era una casa muy divertida/ no tenía techo, no tenía nada.
- 10 Hace referencia a una de las frases más conocidas del sociólogo Herbert de Souza, conocido como Betinho: “*Quem tem fome, tem pressa*” (quien tiene hambre tiene prisa). Fue uno de los slogans del movimiento *Pacto contra a Fome* (Pacto contra el hambre), lanzado en la década del 90’ organizado por el frente *Ação da Cidadania contra a Fome, a Miséria e pela Vida*.

LA CIUDAD QUE SE MUDA DE LA GENTE

Rita Ribes

Apenas había comenzado el día cuando la vi por primera vez. Se cambiaba el pijama de estrellas, con el que había pasado la noche, y pasaba lista, orgullosa, a los abundantes dibujos estampados en el vestido que acababa de ponerse, mientras su madre la peinaba: “una pelota, un gato, un perro, ¡una princesa!” El padre, silencioso y diligente, escuchaba las noticias en un pequeño celular, mientras desmontaba el cuarto de la familia: un colchón doble colocado sobre un pequeño carro. Fue todo lo que pude ver en el breve instante que demoré en pasar. Cuando regresé, unos minutos más tarde, ya no estaban.

Al día siguiente salí de casa con ganas de volver a verla y allí estaba ella, en el cochecito, hablando hasta por los codos, muy arreglada y con una muñeca en la mano. El padre deshacía una vez más el cuarto familiar; la madre organizaba las sábanas en una bolsa y las guardaba debajo de la carreta. Aun habiendo reducido el paso, intentando expandir el momento, no pude ver más que eso. Mi rutina de acompañar al hijo a la parada del autobús que iba a la escuela empezó a programar mis encuentros con ella, esa vecina tan pequeña, que tenía como casa una esquina entera, una casa que, como por arte de magia, se deshacía.

Al regresar de la parada del autobús, noté que ya no estaban. Nada en esa esquina decía que una familia (¿sagrada familia?) hubiera pasado la noche allí. Ningún rastro. Los comercios, indiferentes, comenzaban a abrir sus puertas. La tienda de colchones recordaba que “pasamos un tercio de la vida en

ellos”. Un tercio de la vida. ¿Qué vida? ¿Cuál era el tercio de la vida de esa niña? ¿Y qué haría ella con los otros dos tercios de vida no categorizados por la tienda de colchones bajo cuya marquesina dormía?

Me quedé pensando cómo sería, cada día, la llegada de la familia a esa esquina. ¿Cómo sería la magia del montaje del hogar en el reverso de las contradicciones sociales que el amanecer, supuestamente, borraba? Dejé que la vida se encargara de ocasionar el encuentro. Cierta vez pasé por allí apenas habían cerrado los negocios. Nada. Otra noche pasé alrededor de las diez. Nada. ¿No vendrán más? – me pregunté. Pero, al amanecer, estaban allí, ya preparándose para partir. ¿Entonces, cuándo llegaban?

En el flujo no programable de la vida, una noche nos encontramos. Pocos transeúntes en la calle. La familia ocupando su lugar. La cama hecha. La niña durmiendo en un rinconcito del colchón sobre el pequeño carro. Padre y madre viendo la telenovela en un celular. Dos transeúntes trajeados ironizaban entre sí: “mejor celular que el mío, ¿eh?!”. Hay personas con una aguda sensibilidad para percibir objetos.

Muchas veces más nos encontramos al amanecer. Algunas de noche. Una mañana, la niña jugaba con un cachorrito tan pequeño como ella. Difícil era estimar cuál de los dos estaba más feliz en aquella algarabía. Una noche tomaba sopa, felicitada por su madre porque ya podía comer sola. ¡Buen día! ¡Buenas noches! Pasamos a saludarnos, como suelen saludarse los vecinos.

Pero llegó una mañana en que ya no la vi – ni a sus padres, ni a su perrito, ni a su carro. Fue como si el mundo quedase más vacío. Volví por la noche, con la esperanza de que fueran nuestros horarios matutinos los que se habían desencontrado. Nada. Miré alrededor de la plaza, del quiosco, de las esquinas

cercanas. Nada. En la esquina que era de ella, dormían otras personas, también traídas por la crisis provocada por el golpe de 2016. Un partir y un llegar sin alardes. Ya comienzo a acostumbrarme a las caras de estos nuevos residentes y tal vez, antes de que también partan, podamos ensayar alguna relación de vecindad, quizás, alguna fórmula de cortesía... Con paso apurado, la población sigue cruzando la esquina cada amanecer. El vendedor de colchones, con cara de quien no durmió muy bien la noche anterior, abre con fuerza la cortina metálica de su tienda, despertando a los habitantes de la calle que soñaban con dormir un poco más en sus camas de cartón. La vida continúa.

Pero, lo que yo realmente quería era tener noticias de aquella niña.

NIÑOS

Caroline Trapp de Queiroz

Pies sucios de quien lleva un tiempo caminando descalzo por ahí. Ropa gastada y rasgada, cabello largo y enredado, uñas negras. El niño tumbado en el asiento del autobús ocupa dos asientos amarillos¹¹. Preferenciales. Completamente rendido, duerme. El cuerpo dentro del asiento y la cabeza colgada hacia afuera, balanceándose de un lado a otro, mientras subimos las sinuosas curvas de la autopista *Grajaú-Jacarepaguá*. Un niño que no tiene más de ocho años. Todo el mundo pasa a su lado. Todos lo miran. Tristeza, desconfianza, indiferencia, desprecio... De las tantas reacciones posibles, nos vincula el hecho de que nadie se atreve a despertar al niño de su sueño. Algunos, tal vez, porque no les importa. Otros, al contrario, por el pesar de saber que, a diferencia de los cuentos de hadas, no hay un “felices para siempre” en la realidad del niño. Su despertar no resuelve los problemas que lo adormecieron.

Hay niños como ese en todos lados. En cada acera de la ciudad, durmiendo bajo las marquesinas de negocios que quebraron, dentro de cajas de cartón, en los asientos de los autobuses infestados de cucarachas, consumiendo drogas en la *Candelária*¹², pidiendo dinero en los semáforos, recogiendo latas

.....

- 11 En los autobuses de Río de Janeiro, los asientos preferenciales, reservados para personas con discapacidad, adultos mayores, personas gestantes, personas acompañadas niños pequeños o personas obesas, son de color amarillo.
- 12 Iglesia histórica localizada em el centro de la ciudad de Río de Ja-

en los tachos de basura, bañándose en el canal de la Avenida Presidente Vargas, salivando frente a los vidrios de los restaurantes. Niños que necesitan un mundo de posibilidades. Y el mundo que estamos construyendo, tan lejos de todo eso... Un mundo que no existe para lo que esos niños necesitan. Y, justamente, porque no existe, ellos no tienen derecho a reclamarle nada. Un mundo que, hace mucho, renunció a esos niños. Pero que con ellos tendrá que ajustar cuentas... Un mundo cobarde. Que se muere de miedo, pero no se muere de vergüenza.

neiro. Allí sucedió la masacre de la Candelaria (*Chacina da Candelária*) en la madrugada del 23 de julio de 1993, en la que fueron asesinados ocho niños en situación de calle (*meninos de rua*) por un escuadrón de la muerte, compuesto en su mayoría por policías.

CUANDO LLEGUEMOS...

Juliana Viegas

Inicio de la tarde de un Viernes Santo, en un tren de la Línea Santa Cruz. El padre, dos hermanas y un hermano ocupan un asiento.

Estación Santísimo

La hija menor le pregunta a su padre si están viajando en un tren bala que se desliza sobre las alcantarillas de la ciudad¹³. El padre no responde.

Estación Senador Camará

“¿Papá, ya llegamos?”

“¡Ojalá!”

Estación Bangu

“¡Lleve diez dulces por un real!”. “¡Lleva dos bombones, paga uno!” “¡Dos paquetes de maní por un real!” “¡Papas fritas! Papaaas...” “¡La muñeca perfecta para su hija! ¡Quede como un rey!” “De diez a quince allá afuera, hoy aquí me paga cinco”. “¿Quién quiere salami?” Vendedores en plena efervescencia. El padre permanece enmudecido.

Estación Guilherme da Silveira

“¡Mira qué grande!”, dice la hermana menor, arrodilla-

.....

13 Las vías del tren a la altura de la estación *Santísimo* pasan sobre tuberías de aguas residuales.

da en el asiento, impresionada por el tamaño de la plaza del barrio. La mayor continúa, casi inmóvil, sentada con las piernas cruzadas.

Estación Mocidade de Padre Miguel

El padre se promete nunca más llevarlos a andar en tren ni comprarles dulces. Los tres hermanos deciden jugar ruidosamente juntos. La menor, con las rodillas raspadas y una sonrisa en el rostro, saluda a todos los que están parados en el andén a la espera de que se abran las puertas del vagón. El hermano menor, todavía enredándose con las palabras al hablar, repite sin cesar la palabra mierda, mientras simula con sus pequeñas manos una pistola.

Estación Magalhães Bastos

Una joven flautista sube al tren usando ropa llamativa y roba la atención de todos los niños entre cero y cien años.

Estación Vila Militar

La hermana mayor pelea con su hermano, que se queja con el padre. El mismo responde: “No me voy a meter, arreglensela solos”. Tres segundos después, el padre cambia de lugar y se sienta entre los niños para evitar más peleas: “¡Dejen de causar problemas! Van a terminar todos lastimados. No voy a comprarle más dulces a nadie”. El hijo menor llora. Tres segundos después, el padre para al primer vendedor y le compra bolsitas de dulces para todos. La sonrisa vuelve a habitar el rostro de la familia.

Estación Deodoro

El padre avisa a los niños que necesitan tomar otro tren, que demora mucho. “¿Podemos tomar un tren bala?”, pregunta

la hija menor. Haciendo caso omiso a la pregunta, el padre simplemente afirma: “¡Cuando lleguemos, voy a hacer una sopa que los va a tumbar! Después de comer, directo a la cama”.

Estación Marechal Hermes

“¿Tu madre está bien?”, le pregunta el padre a la hija mayor, que responde afirmativamente con la cabeza.

Estación Bento Ribeiro

La hija menor se acurruca temblando de frío: “¡Fuera de aquí, frío! Tienes piojos y yo no”. El padre abre la mochila y la cubre con un abrigo.

Estación Oswaldo Cruz

“Cuando lleguemos, ¿puedo ir a la plaza?”, pregunta la hija mayor. El padre calcula que los juguetes van a estar mojados, pero que, si ella quiere ir, no importa.

Estación Madureira

El hijo le muestra a su padre un lastimado. “Cuando lleguemos te paso una pomada...”, dice el padre.

“Papá, ¿compraste yogur?”

“No. Cuando lleguemos, compro”.

Estación Cascadura

Pasa un vendedor de dulces. Los niños le piden al padre, que les compra un paquetito a cada uno.

“Menos mal que se acabó el dinero, ¡basta de dulces! Ahora sólo me quedan tres reales justos para mi cerveza”.

La hija menor sigue con frío y le pide a su padre que busque algo de ropa en la mochila para taparse.

Estación Quintino

“¡Tres días con ustedes! ¡No hay dinero ni paciencia que alcance!” – se queja el padre.

“A mí me parece poco”, responde la mayor.

Estación Olímpica Engenho de Dentro

“¿Qué hizo tu madre con los setecientos reales que le mandé?”

“Compró yogur y fideos.”

“¿Nada más?”

“Me parece que no pudo sacar todo el dinero con el señor del banco”.

“¡¡¡Y encima cobró setecientos reales del fondo de garantía^{14!!!}”

“¡No! Cobró setecientos diez, pero tuvo que comprar cemento”.

Estación Meier

Al ver un vendedor de diademas, la hija menor le pide a su padre que le compre una de gato. El vendedor pasa de largo y el padre se burla: “¡Uy! ¡Ni modo! ¡El gato se escapó!”. Pero el vendedor vuelve y el padre cede: “¡Una diadema para esa niña, por el amor de Dios!” El hijo menor también pide una diadema. El padre responde: “¿Estás loco? Necesito el dinero para mi cerveza”. La hermana mayor se burla: “¿Quieres una diadema? ¿Ahora eres maricón?”

.....

14 Hace referencia al *Fundo de Garantia do Tempo de Serviço* (FGTS). Es una cuenta de ahorro abierta por las empresas a nombre del trabajador, que funciona como una garantía para protegerlo en caso de despido sin causa justa.

Estación Maracanã

Después de casi una hora y media de viaje, la familia desembarca cada vez más cerca de llegar...

LECTURAS

Débora Soares

Me subí al autobús rumbo a *Jacarepaguá*. Estaba lleno, pero logré sentarme. Cerca de mí noté la presencia de un niño con uniforme y de su padre. Supuse que regresaban a casa después de un día de escuela y trabajo. Padre e hijo conversaban. Me senté muy cerca de ellos. El niño le dijo a su padre: “Papá, hoy hay mensaje”. Entonces el padre abrió la mochila, sacó la agenda escolar de su hijo y comenzó a leer: “Se-ñor-Res-pon-sa...” “Es responsable”. dijo el hijo, tratando de ayudar a su padre con la lectura.

En ese momento desvié la mirada por temor a avergonzarlo en su dificultad y, discretamente, fui saliendo de la escena, tan rápido como me permití entrar. Este vistazo a la vida cotidiana fue suficiente para darme cuenta de que, a veces, los roles se invierten y un padre puede aprender de su hijo.

NIÑA MUJER

Patricia Desterro

Todos los días ella se sienta en la parte de atrás del auto y partimos rumbo a su trabajo. A lo largo del camino, parlotea sobre episodios su vida. Habla de su matrimonio, de cómo su marido es un buen compañero, de las andanzas de sus tres hijas. ¡Qué madre atenta es! Conoce cada detalle de la vida de sus niñas. Siempre me muestra la escuela donde estudian. “¡Mira! ¡Ahí es donde estudian las chicas! “¡Hoy, Leo las busca en el colegio! ¡Estoy muy cansada!” “¡Ayer fui a una fiesta en la casa de Flufy! ¿Por qué no fuiste?” “¡Ven a visitarnos, tus nietas te extrañan!”.

En otros momentos, la conversación gira alrededor de sus amigas: “Ayer con las chicas estábamos contando un secreto y Henrique vino a entrometerse en nuestra conversación. Le dije que se metiera en sus asuntos”.

Miro por el espejo retrovisor. Intento responder alguna pregunta, pero, a veces, mi mente se distrae. A veces me dan ganas de reírme, pero ella se enoja. Me enseña que no se deben tomar a la ligera los problemas ajenos. No es sólo una niña de siete años, sino una mujer que se hace cargo de su vida, cuida de la casa, de sus hijas y sobrinas y tiene pareja.

A veces, si está muy ocupada con su celular, el camino es silencioso. Pero, cuando me cuenta sobre su vida adulta, es una madre confesándole sus secretos a otra madre.

SECRETOS

Rita Ribes

En voz baja, la madre le dice algo al oído a su hija, que estalla en carcajadas. Entonces, la hija, haciendo un huequito con sus manos, envuelve la oreja de su madre y susurra algo. La madre ríe, en parte le parece divertido, en parte cumple la amorosa regla del juego que se establece entre ellas. La madre nota que su hija se retuerce de placer con el cosquilleo provocado por el aire en el que viajan las palabras hacia su oído y se esmera en la brisa que estas provocan. Para devolver tal satisfacción, la hija intercala palabras, susurros y resoplidos. La madre se ríe de la astucia de su hija y la abraza con fuerza. Y así continúan, parándose de vez en cuando a pensar qué decir, sucediéndose en secretos, reinventando el amor y el lenguaje. La madre sentada en la acera. La hija sentada en su falda. Al lado, la caja de los dulces que venden. Un vaivén de piernas inquietas a la espera de la luz verde del semáforo. Coches, autobuses, motores, bocinas.

CON MADRESTRÍA¹⁵

Raíza Venas

Gente de la zona sur, gente de la zona norte¹⁶, gente de todo tipo... y aquellas caras de siempre, esas que se ven en casi todas las principales *rodas de samba* de la ciudad. Aquellas tres amigas que pasan el verano entero *sambando* por ahí. Aquella pareja de ancianos a los que nunca se les escapa una *roda*. Aquellas dos hermanas que siempre tienen los vasos llenos y la sonrisa abierta. Y ese niño, la “Mascota del Samba”, un antiguo percusionista, un niño nuevo, una presencia asidua en las fiestas del suburbio. Travieso, sagaz, querido por todos y bien considerado. Para pícaro, sólo él.

Toca muy bien, con naturalidad, asume la percusión de cualquier *Roda*. Como dicen los viejos, “él ya conoce los caminos”¹⁷. Y lo hace bien, toca de todo, desde el tamborín

.....

- 15 No original “mãestria”. *Mãe* significa “madre” en portugués, por otro lado, en el samba quien es *mestre* es quien tiene gran experiencia como músico (a), compositor (a) o cantante. El título es el resultado de un juego/mezcla entre esas dos palabras. En la traducción se intentó mantener ese sentido.
- 16 La zona sur es una de las regiones más rica de la ciudad Río de Janeiro. Se caracteriza por tener la mayor desigualdad socioeconómica, dado que uno de los barrios más caros y exclusivos convive con varias favelas. Mientras que la zona norte y el suburbio distante son las áreas más pobres y populares de la ciudad.
- 17 Expresión usada por las personas mayores que pertenecen a la cultura del samba que, en consonancia con tradiciones africanas, piensan a los niños como sujetos portadores de una sabiduría ancestral.

hasta la pandereta. Sonrisa generosa y buen humor, como el personaje obliga.

La madre orgullosa, aunque reconoce el talento del niño, no le dedica muchos elogios. “Siempre le digo: en el samba eres la *Mascota del Tambor*, en casa solo eres mi hijo. ¡Aquí, la que levanta la voz soy yo! ¡Aquí, yo digo cómo se toca el samba! ¡Yo llevo el ritmo!” El niño escucha con la mirada baja y una sonrisa tímida.

En la *ópera de los malandros*¹⁸, la madre es la directora.

.....

- 18 Hace referencia a la *Ópera do malandro*, una obra musical escrita por Chico Buarque en 1978. El origen del malandro tiene sus raíces en la abolición de la esclavitud y el desempleo que le siguió. El malandro era un sujeto marginalizado que, con astucia, recurría a ardidés y artimañas para ganarse la vida. Algunos historiadores afirman que el “malandraje” fue una expresión de desobediencia de la población marginalizada em su deseo de no continuar sometiendo a la humillación su propia fuerza de trabajo. La primera mitad del siglo XX fue decisiva para la mistificación del malandro. Samba y “malandraje” pasaron a ser vistos como representaciones típicas del modo de ser carioca. En ese momento, el malandro dejó de ser visto como un sujeto peligroso y pasó a ser considerado una figura contestataria que posee valores opuestos a la sociedad burguesa.

¡DE NUEVO!

Núbia Santos

Sin decir una palabra... Cruza corriendo la puerta, pisando firme como si estuviera en la línea de llegada de una maratón. Con la punta del dedo gordo del pie se saca los zapatos por los talones... Los deja en el medio de la habitación y sale andando en puntas de pie. Tira la mochila sobre la mesa. Sus ojos deambulan buscando algo... Encuentra... Un celular inerte cerca de la máquina de coser... ¿De quién será? Eso no es cuestión para él... ¡Pone su música favorita y se pega el aparato a la oreja! Se tira en el sofá... Pero, no permanece ahí ni un segundo. Se levanta decidido, como si se acordara de algo muy importante. Corre hacia la cocina y abre el refrigerador, contemplando con extrañeza su interior ya tan familiar... La abuela viene enseguida: “Cierra el refrigerador, Amir... ven a buscar tus zapatos y quítate esos calcetines”. Cierra la puerta del refrigerador con tanta fuerza que el pobre se tambalea. Cuando se da vuelta, está sonriendo... “Con esos modos, no hay refrigerador que aguante, ¡¿eh, Mi?! Quiero ver cuando se descomponga quién lo va a arreglar o a comprarme otro. Quita tus zapatos del suelo”. La abuela ayuda. Él los agarra descuidadamente, se quita los calcetines. Ojos en el suelo, ojos en el techo, ojos en los ojos, menos en los zapatos y los calcetines. “Ahí, Mi... ¡Ahí, mira! ¡Aquí, muchachito! ¡Eso! Allí... ¡En el rincón! ¡Bien hecho, Mi!” “Ahora cuelga tu mochila...” Él corre hacia la cocina... “Vuelve aquí, Amir... ¿Otra vez? ¡Cierra el refrigerador! Ya sabes de memoria lo que hay adentro”. “¡La mochila!”. «¡Mira lo que estás haciendo, Amir!» La

cuelga rápidamente y corre hacia la cocina... Mientras, la abuela acomoda la mochila y revisa lo que hay adentro. “¿Ya tienes hambre, Mi? ¡La abuela preparó revuelto de verduras!” Se escucha la olla siendo destapada. “Está caliente, Mi.” Antes de que su abuela llegue a la cocina, él regresa corriendo, ¡casi la atropella! “¡Sé educado, Mi! Casi me haces caer. ¿Te diste cuenta?” Sale a los saltos tocando el marco de la puerta... Se apoya en el portón de entrada a las carcajadas, dando grititos que parecen de alegría... Vuelve a la cocina, destapa la sartén, contempla de nuevo su comida favorita: cubitos de calabaza con oca¹⁹ y cecina... Mira a su abuela y se ríe con fuerza. La sostiene en sus brazos y la balancea. “Estás feliz, ¿verdad, Mi? Más lento, que la abuela no aguanta”. Vuelve corriendo a la sala, saltando alto, ¡como si quisiera tocar el techo! Vuelve a salir por la puerta, se dirige al portón de entrada y regresa a la cocina. Esta vez, ¡llevando a su abuela del brazo! ¡Toma el plato del escurridor y se lo da! “Todavía está caliente, Mi”. La abuela deja el plato en el fregadero de la cocina. ¡Él de nuevo agarra otro! “¡Cálmate, Amir! ¡¿De dónde sacaste tanta hambre?! Deja el otro plato en el fregadero. Él toma otro y otro... Y, de nuevo, se repite ese ritual, hasta que todos los platos del escurridor se amontonan en el fregadero... Amir sale y canta la única frase de una canción evangélica que le parece interesante: “¡Túuu eres!” Se sienta en el sofá. El celular que tenía en la mano vuelve a acercarse a su oreja... Se levanta... Su comida ya está en el plato, enfriándose... Intenta tomarla, pero su abuela lo impide, interponiendo su cuerpo. “Ten paciencia, Amir, ¿de dónde sale tanta hambre?” Espolvorea un poco de harina de mandioca encima de las verduras revueltas. Lo mira: “¿Estás bien, Mi?” Él toma su mano mirándola a los ojos y mirando el plato. Agarra rápidamente un tenedor,
.....

19 Verdura de origen africano.

sonriendo... Sigue a su abuela, que lleva el plato a la mesa. La salsa picante ya está ahí. Se sienta... “Acomoda bien la silla, Amir”. La acomoda, ya sentado, bajo la nueva orden “Siéntate bien”. Mezcla todo en el plato, haciendo movimientos circulares con el tenedor... Siempre movimientos circulares. Agrega salsa, agrega más. “Ya es suficiente, Mi”. Empieza a comer... Acomoda la comida en el tenedor con la mano... Deja el tenedor, mira el celular, golpea el suelo con el pie, mira al techo y sonríe mientras mastica... Parece feliz. Cuando el plato está vacío, regresa emocionado a la cocina... Destapa la olla... “¿Quieres más, Mi?” “Ve a buscar el plato...” Él vuelve, ahora con el plato. De nuevo, sale por la puerta, golpea el portón y canta: “¡Túuu eres!”. Vuelve: “¡¿No es bueno tener una abuela que te haga una comida deliciosa?!” ¡Plato vacío, vuelve a la cocina de nuevo! “¡¿De nuevo, Mí?! Los demás también quieren... Cuando te gusta una comida no sobra para nadie”. Después de un rato, de nuevo, de nuevo y de nuevo... “No vas a parar hasta terminarlo, ¿verdad, Mi?”

LA VENTANA DEL PATIO

Cecilia Schubsky

En el patio, desde mi ventana, el tiempo hace crecer a los niños entre árboles y algarabía y me transforma en una escuchadora de infancias. Como ese día en que Dudú, que siempre es llamado por sus amigos – “¡¡¡Duduuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!” –, jugaba solo. Estaba allí concentrado, el día ya oscureciendo. La abuela de la amiga, que vive al lado y suele cuidarlos mientras juegan, lo llamó desde la puerta:

– Dudú, ven a comer las palomitas que hice.

– Gracias, pero no me gustan las palomitas.

– ¿Qué quieres decir con que no te gustan las palomitas de maíz? ¡¡¡A todos los niños les gustan las palomitas!!!

– Pues a mi no...

– ¡No puedo creer que no te guste! A todos los niños les gusta...

– Mire, las personas son muy diferentes, a algunas les gusta una cosa y a otras no. Todas las personas son diferentes. Puede haber gente a la que no le guste.

La Señora, no muy convencida, decidió volver a su casa y a las palomitas. Él, solo, seguía repitiendo: “Bueno, puede haber gente a la que no le guste... ¡Caramba!”

COMIDA A ESCOTE

Rita Ribes

“Vámonos, mamá...”, – dice el Niño con voz llorosa de sueño. “Si tienes prisa, ayuda a tu madre. Cuanto más rápido termine, más rápido se irán”. Lo que sigue es una miscelánea de voces y llantos que se eleva vertiginosamente por el foso del edificio de clase media como un reloj de arena invertido que fluye hacia la antevíspera de la promulgación de la Ley del Vientre Libre²⁰.

En la televisión, a alto volumen, se escucha la novela de las siete, que cuenta la historia de una familia aristocrática y sus esclavos que, después de ciento treinta y dos años naufragados, reaparecen y comienzan a descongelarse. Habiendo sido abolida la esclavitud, necesitan rediseñar sus relaciones. La historia de la novela le agrada a la Señora, que se ríe a carcajadas, mientras reprende al Niño y elogia al actor de la novela. Se divierte con las expresiones. “¿Sabes qué es una comida a escote, niño? Es un picnic. Así es como lo solían llamar. ¿Alguna vez estuviste en un picnic? Tienes que hacer un picnic con él”, le ordena a la madre. “Una comida a escote”.

¡Cómo se preocupa por el Niño, la Señora! Justamente el otro día le decía que no comiera dulces porque le iban a salir caries, que los refrescos no hacen bien, que no puede seguir

.....

20 La “ley de vientres libres” fue una ley que estableció que todos los hijos de esclavizados nacidos después de su promulgación serían considerados libres. Fue promulgada en el imperio de Brasil en 1871.

comiendo esa comida chatarra que le da la Madre. Y tampoco hace bien ver televisión hasta tarde, que ella escucha desde su habitación que el televisor está encendido y que es por eso que él tarda tanto en despertarse por la mañana. Se preocupa por el Niño, la Señora. Por eso, no le molesta que se quede con la Madre durante la semana, después de todo, viven lejos, en el barrio de *Abolição*²¹ y la guardería está cerca del trabajo. Entra a las siete de la mañana y sale a las cinco de la tarde. “La guardería está muy bien”, dijo alguna vez la Señora, ya que les dan el desayuno a los niños y, cuando se van, “ya salen cenados”. Ya “cenado”, él va con la Madre a la casa de la patrona. Ven juntos la telenovela de las siete y, después de lavar los platos, Madre e hijo pueden retirarse. Sí, tiene que ayudar a la Madre a lavar los platos después de la jornada en la guardería. Y él sabe “guardar muy bien los cubiertos”, clasificándolos de un modo que enorgullecería a Piaget: “cuchara grande, cuchara pequeña, tenedor, cuchillo... Y esto, mamá, ¿dónde se pone?”, “En el cajón de abajo. Es un cucharón”, dice la Madre. “Es una cuchara de frijoles”, responde el Niño. ¡Niño listo!

El año que viene el Niño irá a la escuela. Y “la escuela no es todo el día, como la guardería”, dijo la Señora preocupada. No sabe cómo será. La Madre tendrá que ver eso. Ya le avisó.

“Vámonos, mamá”, suplica una vez más el Niño. Es el viernes de *Abolição*. El Niño también está preocupado. Para algunos niños, el desempleo llega antes que la primera comida a escote.

.....

21 Abolição es un barrio de Río de Janeiro localizado en la zona norte de la ciudad.

50% MENOS

Fernanda Milanez

Caminaba en esa dirección, cuando vi un letrero de neón que parecía llamarme, destellando fuerte y rápido en rojo y amarillo, a pesar de la hora y el sol abrasador. Era un poco más que las dos de la tarde. Apuré el paso y, acercándome, vi una enorme fila que comenzaba justo en la esquina del restaurante con grandes ventanales, cuyas puertas estaban cerradas. Bajo el frescor del aire acondicionado pensé: voy a comer algo rico y diferente, aunque, considerando la hora, tenga que renunciar a las ensaladas.

Volví a mirar la fila y vi, avanzando en la cuadra, que el camino de gente seguía hasta el final de la calle, donde detuve mis ojos en la niña y su abuela, ambas apretujándose para garantizarse los últimos centímetros de sombra que proyectaba la marquesina. Ambas con largas trenzas: las de la niña, una a cada lado, negras como el carbón y la de la abuela, una sola, gruesa y de un blanco brillante. Ambas, con faldas largas y coloridas. Las dos abrazadas en el retazo de sombra. La abuela refrescaba a la nieta abanicando sus manos.

Atrás de ellas, la fila hacía una curva, atravesaba la calle y seguía por la otra acera, donde noté que se formaba otro camino humano que venía en dirección opuesta, esta vez sin ninguna marquesina que protegiera del sol durante las horas más calurosas de aquellos días de verano argentino. Además del sudor, había una expresión de desaliento en los rostros de los que llegaban más tarde que, por esa causa, eran castigados por el calor que no daba tregua. Todos estos pensamientos brota-

ban de mi mente en el instante en que barría con la mirada mi alrededor, mientras me dirigía hacia la puerta del restaurante, pues, para esa hora, ya tenía mucha hambre y ese era el único lugar que encontré abierto, después de caminar varias cuadras.

En respuesta a mi gesto de entrada, el empleado de traje, desde adentro, trabó la puerta mientras repetía varias veces algo que no entendí. En momentos como ese, se revelaba mi condición de extranjera: en la urgencia de las necesidades más básicas. Miré hacia adentro una vez más y vi que todavía había mucha gente alrededor de los mesones donde podía escoger la comida e imaginé que, por eso, habían impedido mi ingreso: claro, si hay fila adentro, hay que esperar afuera. Respiré hondo y esperé el tiempo del hambre y de la eternidad, hasta que el hombre de traje abriera por completo las puertas, permitiendo la salida de los clientes que allí se encontraban.

Después de que todos se fueron, me dispuse a entrar nuevamente y, esta vez, él fue más duro, me frenó y me mostró su reloj. Faltaban quince minutos para las tres. Me señaló repetidamente con los dedos el número tres. El mensaje fue recibido. No podía entrar. Volví a mirar la fila y vi lo que, todo el tiempo, había estado ahí. Al igual que yo, esas personas estaban muertas de hambre, pero debían esperar el momento en que su ingreso –nuestro ingreso– a ese establecimiento fuera permitido.

Mientras tanto, en el interior, rápidamente las sillas eran colocadas debajo de las mesas y toda la vajilla y los cubiertos eran sustituidos por otros descartables. Algunos empleados se apresuraban para reponer la comida. A las tres en punto, las puertas, finalmente, se abrieron. Decidí ubicarme junto a la entrada, esperando mi (último) lugar en la fila. Esa espera me permitió observar detenidamente a cada uno de los que entraba y a quiénes allí estaban: era una fila de personas que parecían extranjeras como yo. La mayoría con rasgos indígenas, casi to-

dos con sus cuerpos/etiquetas que delataban su condición de vulnerabilidad. Gente que no debía mezclarse con los “clientes” que almorzaron antes. Muchos, en su condición de extranjeros, cargaban como yo, una mochila o un bolso lleno de las cosas que son necesarias para pasar el día entero en la calle.

La niña y su abuela pasaron a mi lado y vi que, cada una, tomó un plato descartable. La abuela se dirigió a las ensaladas y la niña a la carne y las papas fritas. Pasó un poco más de tiempo hasta que pude entrar al restaurante. Ni vi qué hora era cuando comencé a servirme. No recuerdo exactamente lo que comí, pero recuerdo claramente el aroma de los condimentos de las carnes y el aspecto de la comida: muy colorida y algo mezclada.

En ese momento dos filas internas avanzaban lentamente: una para servirnos y otra paralela, para pesar y pagar la comida. Desde mi ceguera y sordera con respecto a la fila del lado de afuera, hasta el murmullo en el salón, del lado de adentro, me encontré con un repertorio de las más variadas manifestaciones sonoras. Como en el cuento de Ítalo Calvino “El silbido del mirlo”, “si prestaba oídos y ojos atentos a los diálogos que me rodeaban”, me era posible entrar en profunda reflexión sobre los lenguajes confundibles de los pájaros y los inconfundibles lenguajes de los mirlos, que silban como nosotros, los no pájaros. Me sentí dispersa entre los breves momentos de silencio y los sonidos que me llegaban en diferentes escalas, ritmos, tonos y timbres, como el gorjeo de pájaros casi inclasificables. Eventualmente, conseguía captar una palabra que entendía y, en ese momento, mi mirada buscaba al Mirlo que silbaba como yo. Aunque no fuera un diálogo, el valor de esas palabras reconocibles se alojaba en una calidez que parecía decirme “hola, también estoy aquí”. La mayoría de la gente se fue acomodando en los lugares que encontraba. Algunos almorzaban parados y otros cargaban su comida envuelta para llevar.

Cuando me llegó el turno de pesar mi plato, vi que el precio por kilo era 50% más barato que lo que anunciaba el cartel de la entrada. Ese era el precio para las personas que no entraban al restaurante antes de las tres. Una especie de compensación para garantizar el mantenimiento de la segregación vivida. En el momento de esa súbita revelación me di cuenta de que tal experiencia no me era extraña: la fragilidad de la comunicación cuando pedía información y entendía sólo parcialmente la respuesta que recibía; la caminata y el cansancio en el cuerpo frustrado por las repetidas vueltas prácticamente sin salir del mismo lugar, reafirmando que no tenía la más mínima referencia espacial; también, la inseguridad de no tener a quién acudir ni un lugar seguro donde mi cuerpo pudiera descansar.

Con cada constatación, un malestar me crecía por dentro, junto con el miedo. Me paré en el mesón cerca de la entrada y vi que, frente a mí, estaban la niña y su abuela. Me produjo un cierto alivio ver a alguien a quien ya había visto antes. Respiré hondo y di mi primer bocado, después de varios intentos fallidos de cortar un trozo de pollo con el pequeño cuchillo de plástico. Al masticar sentí un sabor ligeramente agrio. Separé en el plato lo que me pareció que no estaba bueno e hice otro intento. Agrio también. Miré hacia adelante y noté que, entre bocado y bocado, la niña hacía muecas y, a veces, regurgitaba como si fuera a largar toda la comida. La abuela se quejaba, tal vez de ella, tal vez de la comida. La niña comió casi todo, como yo. Al fin y al cabo, necesitábamos de ese alimento, mucho menos para saciar nuestra hambre que para reconocernos humanas, vivas, visibles.

Masticando más sentimientos que comida, pensé en las personas que viven una situación similar, no sólo durante una parte del día de un viaje, como yo, sino durante semanas, me-

ses y años, muchos años, en la más completa invisibilidad. Salí de allí y continué mi travesía digiriendo la breve experiencia de ser extranjera en las calles de una ciudad extraña, de esa forma tan singular de ser alguien que, al mismo tiempo, está y no está en el mundo.

COMBO

Rita Ribes

Parece que la idea de “combo” domina casi todos los mercados hoy en día. La lógica de los mercados intenta dominar la vida: vida combo. Pero, estoy sospechando que el combo no siempre combina. A veces los elementos se complementan, pero otras veces parece que es solo una estrategia para camuflar cosas que no siempre son deseadas.

Pues, fue una duda de este tipo la que me asaltó cuando ese combo de personas entró al restaurante australiano, conducido por la camarera, hacia el lugar supuestamente más agradable: cinco adultos y tres niños. Era difícil determinar si realmente se trataba de un combo combinado o si se trataba simplemente de una promoción del tipo pague cinco, lleve ocho.

Los adultos charlaban entre ellos sin parar. A los tres niños, que parecían tener entre cuatro y seis años – cada uno con su propia *tablet* y, en sus oídos, unos enormes auriculares, que más bien parecían unas orejeras para el frío –, no se les escuchó pronunciar una sola palabra. Vaya a saber si era una exigencia del combo no manifestarse, no elegir lo que se va a comer ni mirar alrededor.

Fue así, sin intercambiar una sola palabra ni levantar la vista de las *tablets*, que fueron depositados frente a ellos tres “platos infantiles”, ese manjar universal creado por los gurúes de la gastronomía. Lo saborearon sin sacar la vista de las *tablets* ni el oído de los auriculares.

De repente, los camareros y camareras se acercan a la

mesa con un pastel de cumpleaños, lleno de velas pirotécnicas, y entonan el feliz cumpleaños para uno de los adultos del grupo, en una performance exclusiva del restaurante. A juzgar por la euforia con la que cantaban, daba la impresión de que eran ellos mismos los cumpleañoseros. Tantos aplausos y gritos casi hicieron tambalear la filosofía del combo: los niños, poco a poco, notaron el revuelo y, con cierta demora, aplaudieron al final del último estribillo. Con la licencia de demostración de interés vencida, regresaron lo suyo, comiendo una porción de torta, con los ojos fijos en las *tablets* y los oídos en los auriculares.

Enseguida los adultos se levantaron y se dispusieron a partir. Los niños, miméticamente, los siguieron. Ojos en las *tablets*. Auriculares en los oídos. Sin cruzar miradas. Sin decir palabra. Sospechando ser parte de otros combos.

LA PIEL QUE HABITO

Núbia Santos

Caía la tarde. El sol ya estaba bajo y, aunque el viento más frío que venía del hermoso mar de Copacabana ya mostraba sus efectos, ella iba vestida solo con una blusita de tirantes finos y short. Era la más grande de las dos. ¿Serían hermanas? Caminaba entre las mesas hablando en voz baja con los clientes del puesto de la orla. No paraba ni un minuto en cada mesa y ya se dirigía a otra... Aparentaba unos ocho años y sostenía un bolso bajo el brazo. Caminaba lentamente.

Hace tiempo que niños abordando a los turistas en Copacabana, pasó a ser una escena cotidiana. El desenlace es siempre el mismo: o damos unas monedas o las negamos y ellos se van. Como clientes del puesto, mi amiga del sur y yo, desde una de las mesas, observábamos a esas dos niñas. Intento concentrarme en el menú, pero no puedo quitar los ojos de encima de esa niña y su supuesta hermana. No por creer que había algo inusual en esa escena, sino por las profundas cicatrices de quemaduras que le cubrían ambos brazos y capturaban mi atención. Sus brazos parecen más delgados y desproporcionados en relación con su cuerpo.

Las cicatrices siempre revelan algún dolor pasado, tanto las heredadas de las travesuras infantiles, cuyos dolores físicos duran menos que el juego que las causa, como aquellas ineludibles provocadas por cirugías, por ejemplo. Pero, las cicatrices de quemaduras siempre dejan de manifiesto una situación que tal vez podría haberse evitado. Las miradas de algunos clientes parecían demostrarlo. Ojos que se demora-

ban, contrariando a la cabeza, que se apresuraba a desviarse rápidamente, como si fuera imposible mirar sin sentir un cierto dolor. Noto que algunos señalan, escucho comentarios, lamentos... “¡Pobrecita!”. Otros bajan la mirada cuando las niñas se acercan.

Ella camina y camina entre las mesas, con aire sereno, altiva y conversadora, apoyándose sobre los codos mientras se acerca a los clientes. Cuando se dirige a mi mesa, veo claramente que el empleado desde el mostrador le hace un gesto con la cabeza al camarero, sugiriendo que las niñas son una molestia. Ajena al ademán, ella se dirige a mi mesa. Se acerca casi apoyando su cuerpo sobre el mío. Me preparo para buscar mi billetera, pero antes de alcanzar mi bolso la niña, me dice: “Tía²², ¿me compras un agua de coco?” e, inmediatamente, me informa que cuesta seis reales y que será sólo una. No alcanza a terminar la frase que el camarero ya está atrás de ellas. Rápidamente, yo pido el agua de coco para las dos. Él me pregunta si puede anotarla en mi cuenta y le digo que sí. Ellas van hasta el mostrador sonriendo.

Mis ojos las siguen, siempre tratando de imaginar lo que le pudo haber pasado a aquella niña. Mientras esperan, me miran, la más grande me dedica una amplia sonrisa. Tamborilea con los dedos sobre el mostrador. Continúa hablando con su supuesta hermana. Están lejos y no puedo oír las. El mostrador es alto, ni la más grande puede ver quién está del otro lado. El camarero sirve tres aguas de coco a otros adultos antes de servir las de ellas. Cuando llega el coco, la más chica ayuda a sujetarlo. Es visible la dificultad de la otra para mover los brazos.

.....

22 “Tía” es una forma de tratamiento frecuente dada por algunas personas jóvenes de sectores populares a mujeres adultas de las que se desconoce el nombre.

Cuando veo que recibieron el coco, me vuelvo hacia mi amiga para comentarle sobre las cicatrices. Apenas abro la boca, me doy cuenta de que vienen hacia mí. La más grande se aproxima y bien cerquita me dice: “¡Gracias!”, antes de llevarse la pajita a la boca. No puedo evitar preguntar: “¿Qué te pasó en los brazos?” Se mira como revisándolos y responde: “la casa se incendió...”. Sintiéndome impotente y sin saber qué decir, qué hacer, qué pensar, continúo: “¿y ahora?”. Ella vuelve a mirar sus brazos, me mira y, contrariando todas las miradas y expresiones, responde: “Ahora está todo bien...”.

Y sigue caminando, al lado de su supuesta hermana, tomando su agua de coco.

FACULTAD DE MARKETING

Juliana Viegas

El otro día, en un tren de la línea *Japeri*, llegué a la conclusión de que los brasileños somos los reyes del *marketing*. La mejor universidad es el tren. ¡Sin dudas! Sobre las vías nacen grandes *slogans* y los cariocas ya lo saben, como lo demuestran las frases: “¿Por qué pagar caro para morir? Compre cigarrillos G” o “Galleta Copacabana, precio de pobre, sabor de rico”. Pero, la gota que derramó el vaso fue cuando descubrí que el rey del *marketing* era un niño de unos diez años, pasajero de la línea *Japeri*. Entró al vagón usando una camiseta de un equipo de fútbol extranjero, de esos de los que nadie sabe ni pronunciar el nombre. ¡Nunca vi un vendedor más compenetrado! Ofreciendo películas protectoras para la pantalla del celular a los pasajeros, gritaba frases como: “¿Va a dejar pasar la oportunidad? ¡El que no está conectado se la pierde!”, “Compre, ¡que ya me estoy yendo!” “¿No va a proteger su *touch* jefe?!”, “Lleve al precio de costo, yo no le estoy ganando nada”, “Entre diez y quince allá afuera, hoy aquí paga cinco”. Tan chico y ya no puede considerar obtener ni una mínima ganancia. Casi le compré, aunque no lo necesitara.

LA FERIA²³

Patrícia Trindade

Como cada lunes, al amanecer los feriantes ya están en plena actividad preparando su puesto para atraer a los potenciales clientes. Los grandes camiones llegan tempranito y roncan bajo las ventanas de los apartamentos. El bullicio perturba el sueño matutino de los vecinos. Lo que no importa en absoluto: en la situación en la que actualmente se encuentra el mundo, es deseable que todos se mantengan despiertos. Además, debe subir hasta las ventanas la fragancia de las frutas y de todas las cosas nacidas de la tierra, aún frescas, vivas y coloridas. Entre cajas y cajones, las personas van y vienen.

Con tanta gente pasando, la feria cercana a mi casa anima la calle. Voces, ruidos, imágenes y deseos se ofrecen para producir la dinámica propia de la feria. Los puestos están arreglados para que los clientes puedan ver todos los productos, alguien llama desde allí, otro grita desde aquí, reflejando esa cotidianeidad que se inventa de mil maneras. “¡El lote vale dos!” “Las chicas lindas no pagan, pero tampoco llevan nada”, “¿Va a dejar estas naranjas dulces como la miel?”, “¡No se olvide del cambio!”

La gente de la feria presenta su espectáculo: canta, grita, baila, se disfraza, para atraer y seducir a los clientes, que

.....

23 En Río de Janeiro, las “ferias libres” de frutas y verduras (conocidas como mercados callejeros en algunos países) forman parte de los hábitos semanales de la población. Sus orígenes se remiten a la época de la colonización portuguesa.

caminan en zigzag de un puesto a otro. Hombres, mujeres y niños cargando bolsas de frutas y verduras. Pasa un señor mayor, calvo y serio. Debe ser un viejo cliente, tiene fama de discutir mucho en las ferias, capaz de recordar la cotización de los tomates en 1921 y compararla con el precio actual, que, por cierto, está carísimo. De cualquier manera, hoy, no parece muy enojado, lleva dos bolsas verdes. De una de ellas, asoma un pedazo de calabaza.

La feria, no sé por qué motivo, me lleva a un estado de digresión. Deambulo con suave emoción entre el brillo metálico de las cebollas y la inmensidad del verde del puesto de verduras. En un momento dado, surge una señora con su viejo vestido arrugado y sandalias coloridas. Me toma un tiempo notar su piel, su cabello y sus ojos, teniendo como fondo el verde de la col y de las espinacas. Su piel tiene una frescura vegetal. Las manos delgadas sostienen las verduras con un experimentado cuidado. Cuando termina de comprar todo, un niño le lleva las bolsas. Con alegría y complicidad, ella insiste en llevar en las manos una coliflor enorme. Aquí, en las ferias de barrio es común ver a los niños y adolescentes trabajando, cuidando los autos estacionados, vendiendo productos. Algunos incluso piden dinero. Esperan con ansias el final de la feria, para revolver y seleccionar entre lo que es desechado por los vendedores. Los niños y las sobras me recordaron los versos de Gonzaguinha²⁴:

“Puedes notar que no hay ni un centavo

Y decir que no estás preocupado

Debes luchar por lo que sobra en la feria y decir que
estás recompensado.

.....

24 Gonzaguinha fue un cantante brasileño de música popular.

Debes lucir siempre aire de alegría y decir que todo ha mejorado.

Debes rezar por el bien del patrón.

Y olvidar que estás desempleado”²⁵

.....
25 Letra original:

Você deve notar que não tem mais tutu

E dizer que não está preocupado

Você deve lutar pela xepa da feira

E dizer que está recompensado

Você deve estampar sempre um ar de alegria

E dizer: tudo tem melhorado

Você deve rezar pelo bem do patrão

E esquecer que está desempregado.

ANGELITOS

Juliana Viegas

Fin de la jornada laboral. Otro tren más rumbo a Santa Cruz. Otro viaje más. Otro niño más vendiendo. La mercadería: el tradicional combo de diez dulces por un real. ¡Imperdible! “¡Su angelito lo merece!”, les dice el niño a los adultos, incitándolos a pensar en los hijos, sobrinos y nietos que encontrarán cuando lleguen a destino. A su corta edad, ya sabe que prometer endulzar este encuentro es la primera ley de la publicidad. “Su angelito lo merece”, dice el niño, de vagón en vagón, de plataforma en plataforma, hasta el final de otro día más de angelito (des) merecedor.

COMO ESTÁ Y COMO PUEDE

Raíza Venas

Era principios de abril, hacía calor y, tal vez, iba a llover. En días como esos, ante la duda, la gente sale a la calle como está y hace lo que puede.

Mi prejuicio suburbano me hizo sospechar de la autenticidad de aquel samba de la zona sur²⁶. Pero, por mi insolencia, también suburbana, quise ir a ver para verificar. Así, una amiga, mi barriga de siete meses y yo fuimos a un samba en *Glória*.

Una *roda de samba* con buenos músicos, cerveza cara, gente blanca y sin ningún niño. Era tarde, más de las diez de la noche.

¡Epa! Me sorprendió un niño durmiendo en una cama improvisada con dos sillas de plástico.

Los padres vendían pasteles fritos. Al mismo tiempo que la madre atendía los pedidos de los clientes sobre el sabor de los rellenos y sellaba la masa, el padre freía y cobraba, mientras el niño pagaba el precio durmiendo a la intemperie. Parecía tener como máximo unos tres años. Era un pequeño muy lindo y cansado.

Mi intención de comprobar la autenticidad de ese samba se desvió. El niño dormido capturó mi mirada. No podía sacarle los ojos de encima... tan pequeñito.

Vi que se despertó y su madre le ofreció agua, pero él la rechazó. Entonces, fue al bar a comprar un refresco. “El refres-

.....

26 Ver nota 16.

co se vende con el vaso del evento. No tenemos vasos descartables, por eso el evento se llama Eco Samba”, dijo el hombre que atendió a la vendedora de pasteles. La ecología, a veces, sólo beneficia a las billeteras.

Vaso y refresco comprados, niño servido y puesto de pasteles a todo vapor. Sobre su cama de sillas, con un vaso color neón, que parece un juguete nuevo, el niño juega como está y como puede.

GRANDES

Patrícia Trindade

Fin de tarde de un transparente otoño. Yo andaba por las calles de un centro comercial cuando vi a un niño vendiendo dulces. Entré al Banco, allí se encontraba “aquel” niño. Nueve años, no más. Apoyado sobre la columna cerca de la salida, pedía lo ayudaran comprando sus dulces. Cuando volví a mirar en su dirección, ya se había ido en busca de nuevos clientes. Salí del Banco mirando a mi alrededor para ver si lo avistaba, pero había desaparecido. Caminé un poco más y, cuando entré a otro Banco, allí estaba él acompañado de una niña de su mismo tamaño cargando un bebé. Ambos entregados a la misma tarea de vender dulces. Imaginé que ese bebé era una muñeca, pero no, ¡¡¡era un bebé de verdad!!!

Hay muchos niños y muchas niñas en la calle, que atraviesan una situación no esperable en el guion de la vida. Se podría decir que estos niños parecen inocentes prisioneros, condenados no a la muerte, sino a vida, sin conciencia de lo que significa esa sentencia. Me recuerdan aquel cuento que me contaron tantas veces cuando era niña, la historia de Hansel y Gretel. Dos hermanos abandonados por su padre leñador, por falta de recursos. Muchos niños abandonados nunca escucharon ese cuento. Si lo conocieran, tal vez, ni notarían la semejanza. Pero la historia de aquellos niños que no parecían hermanos, y mucho menos “Hansel y Gretel” de los cuentos de hadas, se volvió similar. Pues, abandonados a su propia suerte, necesitan salir a las calles a conseguir el pan de cada día.

A la salida del Banco, dos señoras pasaron junto a los niños que estaban ofreciendo su mercadería. Antes de que el niño preguntara, la señora inmediatamente dijo: “no tengo cambio, no tengo billetes chicos, sólo grandes”, a lo que el niño, sin ceremonias, respondió: “no hay problema. Los grandes también sirven”.

DES-PERDIDA

Raíza Venas

Viernes. Día nacional de la jarana en la plaza pública, día de celebración del final de la semana laboral en la Plaza Tiradentes, día de la roda de samba de *PedeTeresa*. Hacía mucho calor, final de verano y todo el mundo queriendo calle, samba y cerveza.

El samba de los muchachos de *PedeTeresa* es, como la mayoría de las *rodas de samba*, una gran reunión de gente dispuesta a la diversión, la batucada y el intercambio de ideas. El evento es un punto de encuentro para la gente de toda la ciudad. Van aquellos a los que les gusta el samba, van los que les gusta el *pagode*²⁷, van los que les gusta el *fornó*²⁸ y también van los que les gusta el *funk*²⁹. Este samba tiene algunas particularidades. Es la única *roda de samba*, de samba propiamente dicho, que tiene un DJ (!) que toca *pagode* y *fornó* durante los descansos y *funk* de los antiguos al final del evento. Con todo eso, no hay margen de error, es un evento que se llena cada semana.

.....

- 27 Género musical brasileño que surgió en Río de Janeiro entre finales de la década de 1970 y principios de 1980. Es un derivado del samba.
- 28 Género musical típico del nordeste de Brasil.
- 29 El *funk* brasileño es un género musical que se caracteriza por combinar un ritmo bailable y sexy con letras que retratan la realidad de la periferia y osan abordar temas considerados polémicos. Con el tiempo fueron surgiendo variaciones, tanto en el ritmo como en las letras. Conviven hoy el *funk carioca proibidão*, el *funk consciente*, el *funk melody* el *funk carioca 150BPM*, entre otros.

Los puestos de comida facturan bien. Pero, los que, sin duda, ganan mucho dinero son los del bar, además de los vendedores ambulantes que rodean la plaza vendiendo cerveza. El *staff* de vendedores ambulantes incluye niños, casi siempre niñas negras, que venden tragos y los ofrecen mientras deambulan entre la gente.

Ese día, el samba estaba especialmente bueno, especialmente lleno, y la cerveza era especialmente necesaria... ¡Es que el calor era insoportable! El samba hervía, una canción seguía a la otra, sin pausa, ¡y allá vamos! Hasta que, de repente, un raro murmullo al borde de la *roda* hizo que los músicos se detuvieran. Junto a ellos, había una niña con dulces en la mano, la mirada asustada y al borde del llanto.

“¡Atención personal de apoyo! Hay una niña aquí que está perdida. ¡Vengan!” El clima se puso denso en ese momento. La niña empezó a llorar. La alegría desapareció, dando paso a un enorme bullicio. “Fíjense bien. Dice que estaba con su tía. ¡Tía!, ¿dónde estás? ¡Tu sobrina está aquí!”

La gente se amontonó alrededor de la niña. Mil preguntas al mismo tiempo, miradas curiosas, de pena y compasión, un montón manos en el pelo y en el rostro invadían el cuerpecito delgado, que parecía haberse vuelto público, como la plaza. “Hasta que no aparezca la persona responsable por la niña, el samba no sigue”. El público comenzó a comportarse como una enorme asamblea. En cada pequeño grupo alguien tenía una opinión sobre la niña y la tía. “¡Llaman al Servicio Social!”, gritó una joven blanca, aparentemente ebria.

Era una niña que siempre estuvo ahí, sola, vendiendo dulces. Pero, al tener su nombre anunciado por el micrófono porque estaba perdida, fue vista por primera vez. “¡Cálmate, querida, alguien vendrá a buscarte pronto!” Casi 20 minutos después, llegó un chico que aparentaba unos 15 años. Dijo que

era su primo y que había ido con su tía a buscar más cerveza, porque se había acabado. La niña lo reconoció y, todavía llorando mucho, lo acompañó hacia afuera de la *roda*. “A ver si no la vuelven a perder, ¿eh?” Todos celebran la continuación del samba y la llegada de la cerveza. Y la niña dejó de estar perdida y volvió a ser una vendedora ambulante más.

IR DE COMPRAS

Rita Ribes

Ensayando una autobiografía, el escritor Bartolomeu Campos de Queiroz dijo, una vez, que nació con 57 años. Es que se sumaba, a la suya, la historia de los 34 años vividos por su padre y los 23 vividos por su madre. Su existencia comenzaba, entonces, a los 57 años, teniendo como herencia el arte combinatorio de las historias que le precedieron. Muy pronto aprendió, por ejemplo, que, en una fiesta, el apetito por los dulces se regula por la mirada del padre... o por las palabras de la madre, que el hijo que somos será castigado por el hijo que tendremos. En fin, historias tan densas y tan complejas que lo llevaron a cuestionar el mito de la infancia feliz ya en sus tiernos “60” años.

Pues, hasta Bartolomeu se sorprendería al ver, un 26 de diciembre, a la niña entrar al supermercado con sus 488 años acumulados en menos de seis años de existencia. A diferencia del escritor para quien incluso las penurias de la historia son tratadas como herencia, lo que la niña cargaba consigo era el destino, trazado el día en que sus antepasados, tratados como mercancías, comenzaron a ser traídos, esclavizados, a Brasil. Delgada, negra, con el pelo recogido en una trenza casi deshecha y un vestido roto y acampanado, que bailaba un vals sobre su magro cuerpo. Entró dando saltos de alegría al mercado y se adentró en los pasillos como si fuera un barco atravesando libremente el Atlántico. Una parada precisa en el estante de los dulces y, ahora, sus ojos eran los que bailaban, olvidándose momentáneamente de sus pies... Cajas de bom-

bones. Paquetes de dulces. Malvaviscos. Bombones. Galletas. Bizcochos. Palomitas de maíz. Tantas cosas... Se estiró, hasta llegar a un paquetito de gomitas que colgaba en lo alto y, satisfecha, continuó su recorrido por el mercado, al igual que todos los que allí se encontraban.

Era necesario mirar mucho para ver esas tantas cosas que la niña ni notó los muchos ojos que, de repente, comenzaron a mirarla. La repositora de mercancía de ese sector trató de avisar inmediatamente al guardia de seguridad, que ya estaba listo. Ambos negros y ajenos al arte combinatorio de mezclar herencia y destino. Las señoras, oliendo a agua de colonia recientemente usada, intercambiaban miradas y colonialidades, mientras apretaban sus carteras y se quejaban por los precios... Y así seguía la niña por los pasillos, tal vez indiferente, tal vez sin saber el mágico poder de encantamiento que poseía: hacer girar la cabeza de las personas con las que se cruzaba y esclavizarlas para que sigan su trayecto. En cuestión de minutos, se convirtió en el centro de todas las (des)atenciones.

Fue entonces que, con la sonrisa de quien encontró lo que buscaba, tomó una lata de leche en polvo del estante y se dirigió a la caja. Temerosas de ser fulminadas por algún pedido, todas las miradas que hasta entonces se dirigían hacia la niña, ahora sólo ansiaban no ser vistas por ella. Incluso el guardia de seguridad y la repositora de productos disfrazaron su mirada-aguijón con una dudosa piedad. El espíritu navideño, decididamente, había probado su obsolescencia programada: celulares, folletos con ofertas, carteles y hasta prospectos de medicamentos comenzaron a recibir esa atención desatenta que se acobarda en busca de una coartada. Al apartar la mirada, suponían que estaban haciendo desaparecer a la niña. Pero allí seguía ella, la quinta de la fila, pacientemente cobrando casi quinientos años de historia con su simple presencia.

Cuando llegó su turno, sacó del bolsillo de su vestido roto y acampanado un puñado de monedas y un billete arrugado de diez reales que la cajera le quitó de la mano antes de que pudiera siquiera estirarlo. Metió la leche en polvo en la bolsa e hizo malabarismos para guardar el cambio sin soltar el paquetito de gomitas. Corrió hasta la puerta del mercado donde, invisibles, el padre, la madre con el hermanito bebé en sus brazos, la esperaban cargados con bolsas de otras tiendas. Los abrazó, agradeciéndoles las gomitas, mientras sus padres, a su vez, le agradecían la ayuda que les brindó. Les entregó con cuidado las monedas que sobraron y continuó, saltando, dejándonos atrás, en el mismo lugar privilegiado del muelle donde durante 488 años cultivamos, condenados, nuestra propia pequeñez.

LIBROS Y PAÑOS

Fernanda Milanez

Él siempre quiere que enseguida llegue el final, pero cuando va por la mitad del libro, se pone ansioso y ya comienza a echarlo de menos. “¿Sabías que extraño los libros?”, dice, en medio de la conversación, pensando en los personajes y los maravillosos lugares por los que pasó en las últimas páginas. “¡No me dan ganas de salir de la historia!” Además, y quizás por eso, no le gusta que nada ni nadie lo interrumpa. “¡Pero es inútil, parece que lo hicieran a propósito!”. Basta llegar a ese momento en el que algo va a revelarse, para que alguien aparezca para molestar. A veces, puede fingir que no ve, “solo hay que bajar la cabeza y hacerse el sordo”, dice. Si hay suerte, el impertinente se aleja. Pero hay algunos que son insistentes y hablan, preguntan, piden opinión. ¿Acaso no se dan cuenta de lo concentradas que están las personas cuando llega la mejor parte del libro?

Y el niño va cambiando de posición varias veces, se mueve, se encoge, se estira, da mil vueltas en el mismo lugar. ¿Y los ojos? ¡Ah! Están absortos, fijos en la trama, moviéndose levemente de un lado a otro, lo suficiente para moverse entre las palabras responsables por el revuelo interno que se produce. Lee como quien realmente vive la historia desde adentro, más aún cuando se trata de esas trilogías que dejan sin aliento. Los que pasan se detienen sólo para observarlo: sus ojos se abren, su respiración se acelera y, a veces, ¡deja escapar una carcajada que hace temblar la cuadra! Cuando eso sucede, se junta más gente, todavía.

Yo fui una de las que se acercó cuando él conversaba con alguien y le decía que, de toda la saga de Harry Porter, el primero –Harry Porter y la piedra filosofal– era, por mucho, el mejor. Después, llega el momento de nuestra conversación. Hablamos sobre cómo nos gusta mucho leer, sobre la lectura en el autobús y en el tren. ¿Y en la escuela?, pregunto. “Ah! No. Ahí no me gusta”.

Rápidamente, cambia de tema y me pregunta si yo sabía que la escritora de los libros de Harry Potter se inventó otro nombre para no ser reconocida y poder escribir algunos otros, que son: “El canto del cuco” y “El gusano de seda”. Me preguntó, de nuevo, si yo lo sabía y le dije: “sí, me lo contó mi hija, que también adora esa escritora”. ¿Dónde está tu hija?”. “Está en Friburgo, la ciudad donde vivimos”, respondo. “No conozco... ¿es igual que aquí?”, pregunta. Niego con la cabeza, mientras miro las cosas que vende dispuestas sobre un paño grande, rojo y deshilachado. Le cuento que mi ciudad es bien pequeña y que tardo casi tres horas para llegar. “Entonces, está cerca de donde vivo... yo tardo dos horas. ¡Tomo el autobús y después el tren!” Le expliqué que, para llegar a mi ciudad, hay que subir una montaña enorme y que está ahí arriba. Le conté que allí vive mucha menos gente que aquí. “Ay tía³⁰, entonces no sabes nada... hay tantos artistas importantes que pasan por aquí... ¡Algunos hasta conversaron conmigo! ¡Les hago un descuento sólo para conseguir un autógrafo! Entonces, ¿vas a llevar alguno? Uno sale por seis, dos por diez”.

Fue la primera vez que el niño se refirió a los paños de cocina pintados a mano. Esa era la razón por la que se encontraba allí, sentado bajo ese arbusto, frente a un banco

.....

30 Ver nota 23.

bien concurrido, en ese barrio de la zona sur³¹. Finalmente me voy, con dos paños de cocina y la promesa de traerle otros libros. Apenas me alejo unos pasos, escucho que dos señoras se acercan y él, saludándolas, les pregunta: “¿dónde está mi libro?”.

.....

31 Ver nota 16.

ENCUENTRO

Cristina Muniz

¡Un buen paseo no se hace sola! Quizás por eso, como profesora, siempre me gustó salir a pasear con los niños. *Parque da Catacumba. Quinta da Boa Vista. Playa de Copacabana. Parque de Madureira.* Algunos lugares, elegidos por los niños, otros, por mí. Fue en medio de una de esas elecciones que ir a un *shopping* de suburbio apareció como una propuesta de los niños que vivían por allí y lo frecuentaban.

Nunca me gustaron ese tipo de establecimientos, una caja de cristal rodeada de ventanas que invitan a entrar y consumir lo que ni siquiera necesitas. Una ilusión de paseo: así es como veo ese lugar. Pero los niños, no. Dicen que allí se puede correr, jugar, y que ¡hasta quien no compra disfruta! ¿Aceptaría una maestra investigadora, crítica del consumo, llevar a los niños a pasear por una plaza comercial? ¡De ninguna manera! Pero, por otro lado, ¿por qué no? ¿Una maestra investigadora no escucharía a los niños?

Nacida y criada en un barrio de clase media de la zona sur³² de Río de Janeiro, decido aceptar la propuesta y, el último fin de semana de las vacaciones escolares, queriendo creer que podría encontrarlos, fui al *shopping* del suburbio... Sola.

En el trayecto en metro desde la zona sur hasta la zona norte, medio perdida, me dedico a observar. Unos niños se acomodan en el asiento preferencial y una señora bien vestida se queja mucho de la falta de educación. Cuando está
.....

32 Ver nota 16.

por bajarse, todavía en la zona sur, llama a otra señora, que está lejos, para darle su lugar; ignorando a otras personas mayores, que no están tan bien vestidas y que están bien cerca de ella. El metro de la zona sur no llega hasta el suburbio y hay que hacer transbordo. Ya, en la línea de la zona norte³³, unos niños le dicen a su padre que quieren sentarse. Les es ofrecido el asiento preferencial. Todos parecen estar de acuerdo en que están muy cansados. Una chica a la que le pido información se ofrece a llevarme hasta la entrada del *shopping*, ya que se va a bajar en esa estación.

Al llegar, veo muchos niños, todos acompañados por sus familias. Observo por un rato a una familia con un pequeño que me llama la atención por su fascinación por la escalera mecánica. Dan muchas vueltas por el área de comidas, hasta que se sientan a almorzar. Tres niños juegan a perseguirse entre las mesas, bajo la atenta mirada de sus padres, y nadie se queja – sí, se puede correr y jugar en el *shopping*.

Recorro los pasillos de las tiendas y me encuentro frente a unas vidrieras disfrutando de ver lo que hay... Hay más jóvenes que niños mirando las vitrinas. Los niños, en general, van de la mano de sus padres, ya que este sábado el *shopping* está muy lleno. Llego a un espacio cercado que tiene juegos. Hay pocos niños. Jugar cuesta 14 reales los 15 minutos. Hay un cartel con tantas reglas que, de solo leerlo, se van las ganas de jugar.

Después de deambular mucho tiempo, me siento en el área de comidas y veo pasar por las mesas a un chico vendiendo algo que, tan rápido como aparece, desaparece. Lo busco con la mirada, preguntándome cómo habrá

.....

hecho para estar vendiendo dulces o algo así, cuando eso está prohibido en cualquier *shopping* ... Pronto, llega hasta donde estoy y, pasando por mi mesa con una bandeja en la mano, va a sentarse atrás de mí. No lo miro. Noto que el hombre que está sentado con su familia a mi lado, lo observa con desprecio. Esto continúa hasta que la familia se levanta y se va, mientras el hombre sigue mirando al niño, supongo, porque no me doy vuelta para ver. Sólo cuando se van, me vuelvo y encuentro al niño, con la bandeja, sentado en el banco. Me dirijo hacia donde está pensando en que su apariencia y su *performance* en ese lugar, de alguna manera, interrumpe la narrativa que se espera de quien frecuenta el área de comidas de un *shopping*:

– ¿No quieres sentarte a la mesa?

– No, está bien, dice, mirando preocupado a su alrededor.

– Creo que por eso el hombre te miró así. Puedes sentarte a la mesa para comer mejor.

– No me importa, que me mire como quiera. Estoy viendo si vienen los guardias. Aquí no dejan vender.

– Ven y siéntate a la mesa conmigo. ¿Podemos hablar? (Acepta).

Le cuento que vine a tratar de encontrar a los niños que me inspiraron a ir a ese *shopping*. Le confieso que es mi primera vez allí.

– ¿De dónde vienes?

– Vine en metro desde Copacabana. Haces transbordo y te bajas casi aquí adentro.

– ¿Viniste de la zona sur? ¿No tuviste miedo de venir aquí? ¿Cuál estación?

- Cantagalo³⁴.
- Ya escuché hablar. También están Pavão y Pavãozinho³⁵, ¿no?
- Sí. Ya di clase allí.
- Lo que más me gustaría es conocer la Rocinha³⁶, ¿debe ser genial ver el mar desde ahí arriba!

Serginho se presenta dándome su contacto de *Facebook*. Me pregunta mi nombre, ya que no acepta a cualquiera en su *Face*. Deja mucho de lo que hay en el plato, bastante arroz, frijoles y un pedazo de pollo. Cuando le pregunto si no se lo va a comer, dice que no tiene hambre, pero que cuando pidió dinero en una mesa, la persona sin decirle nada fue directo al restaurante y le compró ese plato para llevar. No le preguntó qué quería, ni si quería comer, creo. Ese gesto parece presuponer que los pobres solo necesitan comida sin siquiera tener derecho a elegir qué comer. Recuerdo el samba de *Tuiuti*, *escola* vencedora del carnaval de 2018³⁷: “¡(...) al darme esclavitud y un plato de frijoles con arroz!”.

Me cuenta sobre su vida, habla de las favelas de la zona sur y del lugar dónde vive y circula, la *Jacarezinho* y la *Mandela*, dos favelas cercanas. También demuestra que sabe

.....

- 34 Estación localizada cerca de la favela homónima, que está localizada en la Zona Sur de Río de Janeiro lindante con los barrios de Ipanema y Copacabana.
- 35 Idem.
- 36 Favela localizada en la Zona Sur de Río de Janeiro. Es la más grande de Brasil.
- 37 *Paraíso do Tuiuti* es la *escola de samba* que obtuvo el segundo puesto en el carnaval carioca de 2018 con la presentación de la trama “Dios mío, Dios mío. ¿Está extinguida la esclavitud?”.

todo sobre las facciones del narcotráfico, trabajo al que una vez fue invitado por el novio de su tía. Dejó la escuela este año en sexto grado, pero le gustan la matemática, la historia y la educación física. Su madre tuvo que marcharse tras un trágico accidente y él pasó a quedarse cada día en la casa de algún pariente. A algunos les cae bien, a otros no.

– ¿Qué vendes? ¿Dulces?

– Hoy no vendí nada. El mercado estaba cerrado, pero junté 60 reales, muestra sacando con orgullo los billetes del bolsillo, doblados entre los dedos.

– ¿Y cómo ganaste ese dinero?

– Yo digo algo así: “¿Por favor, me da lo que falta para comprar unas galletas?”

– ¡Ah! ¿Y ya tienes planes para ese dinero?

– Sí, ahorraré hasta cien y me pondré aparatos en los dientes.

– ¿Pero cien reales son suficientes para ponerte aparatos?

– ¡Allá en la favela, sí!

– ¿Para qué? ¡Tus dientes son lindos!

Sonríe ampliamente y dice que se comprará un par de zapatillas *Nike*, porque en la favela también se puede.

– Serginho, ¿qué te gusta del *shopping*?

– No, vengo a vender o a pedir dinero.

Insisto, recordando lo que decían los niños sobre “disfrutar”. Él me dice que sin dinero no se puede aprovechar, porque hay que pagar por todo. En ese momento, mira los carteles de las películas que estaban justo enfrente y dice que quiere ir al cine. Vamos a comprar su entrada, pero no puede ingresar porque está sin identificación. Desiste.

Anuncio que me voy y él insiste en acompañarme hasta la entrada del metro. Allí, en la intimidad de ese encuentro, sentados a la mesa por unos instantes, intercambiando miradas y conversaciones sobre la vida, siento un vínculo concreto que nos une en la igualdad de una comunidad posible. Con este sentimiento, camino con este chico hasta la entrada del metro. Nos abrazamos. Serginho espera que entre y me dice: “¡Cuídate! ¡Ve con Dios!”

EL PEQUEÑO PERSONAJE

Raíza Venas

¡Mucha gente! La *Casa do Jongo*³⁸ llena, como siempre. Calidez, alegría, charla. Era el intervalo de la *roda* de samba en el morro de la *Serrinha*. Los músicos conversaban con el público, una gran variedad de personas, familiares, amigos, visitantes, extranjeros, periodistas.

Desde las escaleras, me dedico a, simplemente, observar el movimiento... creo que es el lugar de Río con más gente negra por metro cuadrado. Hay tanta gente linda que llega a doler.

Lo veo acercándose por el costado de las escaleras, casi remando. Como un pingüino regordete, bamboleándose mientras imprime en el suelo un pie por vez. Usaba chanclas y llevaba la barriga a la vista, como siempre. Sin camiseta, sudoroso, un poco sucio y con el mentón levantado.

Cejas fruncidas y una mirada que parecía buscar algo. Va caminando y tropezando con la gente. La mayoría ni se da cuenta, los que sí lo hacen no parecen incomodarse. Si alguien llega a molestarse, no recibe ni un pedido de disculpa.

Cuando se acerca a la *roda* de samba, donde los músicos todavía están, su presencia es notada inmediatamente: “¡Ahí llegó!”

.....

38 El *jongo* es una danza de origen africano que influyó en la formación del samba carioca y de la cultura popular brasileña como un todo. Hace cincuenta años, el Grupo Cultural *Jongo da Serrinha* difunde y perpetua el género en el barrio de Madureira, donde inauguró recientemente su nueva sede, la *Casa do Jongo*.

Unas sonrisas de saludo, unos apretones de manos, unas palmaditas en la cabeza... Los músicos ya lo saben: “¡Cuidado con los instrumentos porque es un peligro!”

Se sienta en la silla de uno de los músicos y sus pies casi no tocan el suelo. Sus piernas regordetas se balancean mientras él mira a su alrededor, examinándolo todo. Está atento a las conversaciones de los otros, toca el pandero, toca la pandereta, tirona la camiseta de alguien... “¿No va a empezar el samba?!” –pregunta con tono de exigencia y poniendo cara fea.

João le toca el ombligo sólo para fastidiarlo. No le gusta, amenaza con pegarle y João pelea con él como si tuviera razón y tuviera derecho a molestar al niño sólo por ser adulto.

João es músico y fundador del *Samba na Serrinha*. Enzo es el fundador del alboroto, habitante de la *Serrinha* y amigo de João. Por momentos, los dos parecen ser los mejores amigos, por momentos parecen los peores enemigos.

El samba va a comenzar.

“¡Quítate muchacho, voy a tocar!”

De mala gana, se levanta de la silla y empieza el batuqueo, también comienza la peregrinación y el disturbio causado por Enzo.

Alrededor de la *roda* rápidamente se aglutina una multitud. En la primera canción hay mucha gente; cuando empieza la segunda, la gente ya es demasiada; en la tercera, ya no se puede caminar, no es posible cambiar de lugar, apenas si se puede respirar. Pero, inexplicablemente, todo el mundo puede aplaudir y se las ingenia para *sambar* con movimientos mínimos.

Para el cuerpo regordete de Enzo no parece que el lugar esté tan lleno. Camina entre la gente con facilidad. ¿Como?! Es imposible explicar su ingenio.

Enzo comienza a andar alrededor de la *roda de samba*. Camina en círculos y pasa entre cada uno de los músicos. «¡Déjame tocar!», «¡Hey, préstamelo un poco!» «¿Puedo tocar?».

“¡Tranquilo!” “¿Sabes tocar?” “¡Después! Cuando acabe esta canción”. “¡Toca ahora, vamos!” “Toca conmigo, entonces”. “Acompaña con las palmas”.

Cada músico da una respuesta, pero él parece no escuchar. Mete la mano antes del sí o del no. Toca los instrumentos con fuerza, con torpeza, hasta que lo echan. Se aleja exagerando una mueca para que se note que está molesto.

Él ya es parte del samba. Su contribución es desorganizar. Su papel es un componente de esa armonía.

Se me escapa una carcajada. Y el samba continúa.

OBJETO DE MUSEO

Patrícia Desterro

Quien visitara el Museo Nacional, en la *Quinta da Boa Vista*, de lunes a viernes, podía escuchar, ya desde la entrada, el bullicio de los niños. Subiendo las escaleras de mármol, justo después de pasar el meteorito de Bendegó, los niños encontraban algo que les llamaba la atención. No había ninguno que fuera indiferente. Entre tantas maravillas, objetos de culturas pasadas, había algo que para los adultos sólo servía para un breve descanso, pero que invitaba a los niños a algo más.

No sé si era por el color rojo o por la forma, pero atraía a los pequeños. Era un gusto verlos. Algunos adultos intentaban contenerlos, pero no era fácil. Tal vez, era imposible.

Día de visita abierta a las escuelas. El típico revuelo, niños queriendo subir para ver dinosaurios y momias, guía con ganas de presentarles el museo. “¿Saben de dónde venimos?”, alguien decía desde el primer escalón de la escalera de mármol, cerca del meteorito más grande jamás encontrado en tierras tupiniquins. Niños curiosos, parloteo general. La maestra pide silencio. Los guías se miran, una mezcla de nerviosismo y ansiedad. Muchos se iniciaron en el oficio recientemente y el grupo estaba en pleno frenesí. Alrededor de 25 niños de primer grado de primaria. Un montón de pequeños de seis y siete años. Mucha energía para gastar y mucha curiosidad.

“¡Cuidado con las escaleras! Vamos a ver qué hay ahí arriba. ¡Chicos, presten atención! ¡Pueden sentarse aquí!” – dice un guía señalando el banco. Como dije, era solo un banco rojo, pero despertaba algo en los niños. Ellos se negaban

a aceptar que aquel banco, redondeado en los extremos, no fuera un tobogán. ¡Caramba! ¡¿Cómo no?!

“¡Niños, no se tiren! ¡No se puede! ¡Basta! ¡Eh, tú, Mauricio! ¡Siéntate aquí en el suelo! ¡Presta atención!” – decían los profesores.

El banco rojo era todo un acontecimiento. Solíamos apostar cuánto tiempo los niños resistirían sin usarlo como tobogán. Nunca encontré uno que no lo hiciera. Acá, entre nosotros, a veces, hasta yo tenía ganas deslizarme.

FUNCIÓN DE CINE

Luciana Bessa

Tres horas y media después de salir de Campo Grande³⁹, zona oeste⁴⁰ de la ciudad de Río de Janeiro, finalmente llegaron a la zona sur⁴¹ de la ciudad. No sé quién estaba más emocionado con ese momento, si yo o aquellos treinta niños de cuatro y cinco años que, desde las 7 de la mañana, viajaban dentro de un autobús recorriendo la ciudad en busca del cine. Cuando la puerta del autobús se abrió, lo que siguió no fue exactamente lo que imaginaba que sucedería ese miércoles por la mañana.

“¡Uno atrás del otro, como langostas!”, insistía la maestra, intentando en vano organizar una fila de niños. Después de muchos empujones, el tren de langostas fue saltando por el pasillo hasta el ascensor. En el vestíbulo del cine, los niños fueron dispuestos sentados en el suelo.

* *¡Parada para la selfie!*

.....

39 Campo Grande es uno de los barrios que integra el suburbio de Río de Janeiro. Dista 55 km del centro de la ciudad y es el más poblado.

40 La zona oeste concentra el 70% del territorio de Río de Janeiro y el 47,4% de su población.

A partir de la década del 60' se construyen complejos habitacionales para familias de bajos ingresos y la región comienza a aumentar su densidad demográfica por la llegada de población removida de favelas de Copacabana y la Lagoa (barrios de la zona sur).

41 Ver nota 16.

“Antes de que empiece la sesión”, dijo la profesora, “vamos a sacar la foto”. Bastó decir la palabra mágica, foto, y los niños rápidamente se levantaron y se configuraron en una pose. Parecían hipnotizados por la lente de la cámara del celular. Algunos querían ver cómo había quedado e insistieron en sacar otra porque no se veían bien. Después de algunas idas y vueltas y muchas poses, la foto del grupo fue compartida por *whatsapp*.

** ¡La película va a comenzar!*

Al entrar en la sala oscura, con asientos reclinables rojos, el silencio cayó por primera vez sobre el grupo. El gran tamaño de la pantalla no pasó desapercibido. Varios dedos la señalaban cuando pasaban cerca. Poco a poco, los niños se fueron acomodando y sentando en sus lugares. Los asientos engullían esos diminutos cuerpos. Algunos eran tan livianos que no podían mantener el respaldo recostado. En estos casos, era necesario el auxilio de la maestra. Los pequeños pies, completamente separados del suelo, se balanceaban inquietos de un lado a otro.

** ¿Dónde está el público?*

De repente, miro la sala y veo que los niños salían para el baño, pero no volvían a sus lugares. Un cierto bullicio se apoderó del ambiente. “¡Es magia!”, “Acercas tu mano y sale agua”, “¡Es magia!”. La organizadora del festival me preguntó cuándo podría comenzar la proyección. Fui tras los niños que habían ido al baño para entender qué estaba pasando. Descubrí a qué se debía tanto alboroto: en el baño, una fila de niños probaba la canilla que se abría con solo acercarle las manos. Hubo carcajadas y más carcajadas y muchas caras de asom-

bro. Quizás la película proyectada ese día no sea recordada en el futuro, pero la experiencia con la canilla ciertamente no será olvidada. Sería el tema de conversación de muchos de ellos cuando regresaran a la escuela y se encontraran con sus compañeros y familiares. Fue difícil terminar la fila y llevarlos de regreso a la sala de proyección. Después de mucho esfuerzo, las maestras y yo logramos ubicarlos en sus lugares.

** ¡¡¡Ahora sí, la película va a empezar!!!*

Cuando se apagaron las luces y comenzó la sesión, miré a mi alrededor para ver su reacción ante la película. ¡¡¡La mayoría estaba durmiendo!!! Muchas cosas pasaron por mi cabeza: ¿no les gustó? ¿les parecerá aburrida? Decepcionada, decidí entregarme al filme. Fue entonces cuando escuché una carcajada que provenía de la primera fila. Era una niña de poco más de cuatro años, arrodillada en el asiento para poder ver mejor la pantalla. Iba relatando en voz alta lo que veía. El dedo le ayudaba a nombrar lo que iba reconociendo en la pantalla. La maestra, sentada en la fila de atrás, intentaba en vano que la niña mirara la película quieta y en silencio. Después de un tiempo, la niña intentó sentarse bien, pero no pudo, ya que el asiento se cerraba. Parecía que iba a deslizarse por el hueco que se abría al final del respaldo y caer. Sin apartar la vista de la pantalla, volvía a arrodillarse y, después, a pararse nuevamente.

El sentarse de la niña y el cerrarse y abrirse del asiento duró buena parte de la película. La maestra se cambió de lugar para separar a dos niños que decidieron patear los asientos de sus compañeros de adelante. Hasta el final de la sesión la niña vio la película a su manera: cantando, de pie, señalando, riendo e, incluso, en silencio.

** ¡Despierta, la película terminó!*

Cuando se encendieron las luces, fue necesario despertar a algunos niños, que dormían profundamente en los mullidos asientos rojos bajo el aire acondicionado. Medio desorientados, regresaron como langostas a la fila, para tomar el autobús y regresar a Campo Grande.

PALOMITAS DE MAÍZ

Rita Ribes

“Ya salen palomitas calentitas, señora” – dice el vendedor, mientras gira la manivela de la cacerola, impregnando todo a su alrededor con el aroma y sonido inconfundible de su estallido. Dos niñas, al lado de su madre, estaban encantadas viendo formarse la montaña blanca, mientras su madre buscaba cambio en la cartera. Fue en el mismo segundo que la semilla estalla y se reviste de aroma y de color, que el ojo del vendedor, hecho aceite caliente, encontró el pecho de la niña mayor estallando bajo su vestidito. También encontró el ojo de la niña... y el tiempo lascivo de la espera osciló entre gestos para agradarla e incomodidades. Entregados los paquetitos, la pequeña devoró rápidamente las palomitas de maíz de manera tal que ya se había comido la mitad cuando su madre, finalmente, pagó. El vendedor, sonriente, completa el paquete de la niña, siendo retribuido con muchas sonrisas de su parte. Se despiden. “Le gustan los niños”, se dicen otras dos clientes. Le gustan las niñas...

CÓDIGO POSTAL

Caroline Trapp de Queiroz

El código postal más disputado de Río de Janeiro es la calle. No, no me refiero a la vieja ocupación de las aceras por la resistencia del samba, la poesía o la cerveza helada en las noches de calor. Hablo del contexto que ha obligado a varias familias a fijar su residencia en el limen, aquel umbral que antaño separaba la calle de la casa. Cuando la calle se vuelve casa, puede parecer que se ha traspasado la frontera, pero hay indicios en el acto de vivir que esbozan tímidas delimitaciones, fácilmente y, casi siempre, atravesadas por la precarización: el par de chanclas dejadas afuera, las alfombras que cubren el suelo y lo ayudan a mantenerse limpio – al fin y al cabo, una casa sucia es un problema grave para el Servicio Social, el pedazo de madera como puerta de entrada, las bolsas que sirven de mobiliario, los sectores tan caprichosamente divididos entre documentos, ropa, medicinas, comida y juguetes.

Nada explica mejor la cisura entre calle y casa que el niño que espía hacia adentro, consciente de la violación de la intimidad que está cometiendo, aunque sea en el espacio público. El adentro en el afuera. El afuera del adentro. El hogar como demarcador. Identidades adheridas en la ondulación de las capas de papel que, entretejidas, forman el cartón, materia prima de las camas, ventanas, paredes, cunas... El niño que, parado en la calle, espía la vida ajena a través de las rendijas de la frágil casa, lleva consigo un paraguas estampado con personajes de la famosa película *Toy Story*. En

el filme, los juguetes que llegan a las manos del niño, alojados en cajas de cartón personalizadas y envueltos en bonitos papeles de regalo con moños, tienen vida, pero claramente no son humanos. A los ojos del niño que espía, una realidad que corrobora la ficción. Allí también hay vidas alojadas en cajas de cartón. Pero que, sin envolturas ni ataduras, revelan en sí mismas las amarras de una historia que nadie parece querer contar, ni escuchar... Una realidad que testimonia también la ruptura entre la vida y la humanidad. Existir no es suficiente. Se necesita algo más para convertirse en gente a los ojos de los otros que miran, pero no ven.

Iniciado, entonces, en las perversas contradicciones de la desigualdad, esa que nubla la vista y amarga la boca, tal vez, lo que el niño que espía busque, en su sincera curiosidad, al mirar para adentro de la casa de la calle, en la calle, sea justamente el aliento que solo una respuesta ilusoria es capaz de ofrecer a la pregunta que un absurdo tan concreto evoca: ¿qué diferencia fundamental existe entre él y el habitante que allí vive?

SIN NOMBRE

Rita Ribes

Ruderales. Precisamente ayer supe que este es un nombre que se utiliza para referirse a las que crecen espontáneamente en calles, aceras, terrenos baldíos y al pie de los muros. Al tener que competir por sus condiciones de supervivencia, tienen una enorme capacidad de adaptación a nuevas situaciones y es precisamente esto lo que les confiere un alto grado de rusticidad y lo que conduce a su dispersión intermitente. Supuestamente sin gran valor económico, despiertan poco interés, aunque tienen un gran poder curativo.

Ruderales. No. No estoy hablando de las niñeces, aquellas que proliferan cada vez más por las calles, por las ciudades, por los campos, por los muros, por las fronteras en los bordes del mundo y en los márgenes de cualquier refugio. No estoy hablando de aquellos que habitan infancias que tienen que adaptarse una y otra vez a refugios, marquesinas, asentamientos, campos de refugiados, disputando “desimportancias” cotidianas para sobrevivir, mientras en su nombre se mueve un inmenso mercado que hace de todo para que ellos no cambien de condición. Supuestamente sin gran interés económico, la pobreza genera ganancias.

No. No estoy hablando de las niñeces. Ruderales son especies de plantas que crecen espontáneamente en aceras, terrenos baldíos, bordes de muros... Hay manuales para nombrarlas, describirlas y clasificarlas. Verdolaga. Árnica. Estramonio. Cerraja. Diente de león. Quitaverrugas. Matico.

¿Y las otras? ¡Ah! Las otras, las muñecas, siguen inclasificables. Sin manual. Sin tener quien las mire. Sin nombre.

Y qué difícil resulta honrar a los sin nombre.

LOS AUTORES

Caroline Trapp de Queiroz – Profesora de Historia por la Universidad Gama Filho. Pedagoga y estudiante de Doctorado en Educación por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Lleva adelante un proyecto de investigación sobre niños y sus condiciones habitacionales. Profesora del Curso Preparatorio para el Examen de Ingreso a la Universidad del Sindicato de Trabajadores de las Universidades Públicas del Estado de Río de Janeiro.

Cecília Schubsky – Profesora de Historia y Doctora en Educación por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Profesora de la escuela Oga Mita. Autora de la tesis “Relicarios y baratijas: cajas de recuerdos y narrativas infantiles”. Disponible en el sitio web www.gpicc.com

Cristina Muniz – Profesora de Educación Física. Doctora en Educación por el Programa de Postgrado en Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Profesora del Instituto de Educación Superior del Estado de Río de Janeiro. Coordinadora del Laboratorio Ludoteca del ISERJ. Autora de la tesis “Paseos con niños: ciudad en tensión”, a la que se puede acceder en el sitio www.gpicc.com

Débora Soares – Estudiante de Pedagogía en la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Becaria de Iniciación Científica del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq). Realiza un proyecto monográfico sobre niños en autobuses municipales de la ciudad de Río de Janeiro.

Fernanda Milanez – Magister y estudiante de Doctorado en Educación del Programa de Postgrado de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Profesora de Educación Infantil y presentadora de programa de radio para niños. Madre de Gabriel, Flora y Antônia. Abuela de Cauê. Actualmente investiga sobre niños refugiados.

Juliana Viegas – Pedagoga y estudiante de Maestría en Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Becaria del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq). Desarrolla investigaciones sobre las Fisonomías de la infancia en el cotidiano de los trenes en Río de Janeiro.

Luciana Bessa – Licenciada en Comunicación Social por la Facultad Hélio Alonso. Estudiante de Doctorado en Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Desarrolla un proyecto de investigación sobre las infancias que se muestran en su vida cotidiana en películas producidas por niños.

Núbia Santos – Profesora en Pedagogía por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Especialista en Educación Infantil y Magíster en Educación por la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Doctora en Educación por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Profesora de la Facultad de Educación de la Universidad Federal de Río de Janeiro.

Patrícia Desterro – Pedagoga y estudiante de Maestría en Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Técnica en asuntos educacionales de la Sección de Asistencia Docente del Museo Nacional/UFRJ. Investiga sobre la memoria infantil del Museo Nacional.

Patrícia Trindade – Graduada en Educación Física por la Universidad Federal Rural de Río de Janeiro. Estudiante de Doctorado en el Programa de Postgrado en Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Profesora de la Universidad Federal de Amazonas – UFAM, Campus Parintins. Investiga sobre la cotidianeidad de los niños ribereños de la Comunidad *Bom Socorro do Zé Açu* -Parintins, Amazonas.

Perseu Silva – Profesor formado en el Curso Normal del Colegio Estadual Ignácio Azevedo do Amaral. Profesor y Licenciado en Pedagogía por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Especialista en Educación Infantil por la PU-C-Rio. Magister en Educación por el ProPEd/UERJ. Autor de la tesis de maestría “Fisonomías de las infancias contemporáneas en la cibercultura: niños en videos virales”. Trabaja como maestro desde hace 15 años en Educación Infantil y primeros años de Educación Primaria. Docente del Departamento de Años Iniciales del Colegio Pedro II.

Raíza Venas – Pedagoga y Magíster en Educación por la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Autora de la tesis “Hay niños en la *roda*: percepciones de la infancia en las *rodas de samba*”.

Rita Ribes – Licenciada en Filosofía por la Universidad Federal de Pelotas. Doctor en Educación por la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Profesora Titular de la Facultad de Educación de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Coordinadora del Grupo de Investigación Infancia y Cultura Contemporánea. Beca *Prociência* UERJ/FAPERJ y beca Productividad CNPq. Coordina el Proyecto de Investigación “Fisonomías de la infancia: experiencias cotidianas, alteridades y desplazamientos”.

EPÍLOGO

Gilka Girardello

Saben poco quienes solo estudian los libros y no miran el mundo. Las personas que escribieron estas páginas no podrían estar más lejos de eso. Serios estudiosos de la relación entre los niños y la cultura, los autores de estas crónicas salieron a la calle lanzando una mirada infantil en el mejor sentido, curiosa, conmovida y perpleja, al llamado “mundo contemporáneo”. Terminaron pudiendo iluminar cosas que de tanto mirar, a veces, ya no vemos. En esta atención a lo aparentemente pequeño, como los niños que ellos descubren en las afueras de la ciudad, queda clara la inspiración de Walter Benjamin, rara vez seguido tan seriamente como aquí.

Eligieron traducir su mirada en forma de crónicas, un género que recorta el tiempo vivido, componiendo, uno a uno, pequeños fragmentos de un mosaico. Y así nos recuerdan lo que dijo otro maestro, Antônio Cândido: “El tiempo es el tejido de nuestras vidas”. Escuchando historias en autobuses y trenes, observando escenas urbanas en aceras y esquinas de Río de Janeiro, los autores agudizaron la escucha y la mirada sobre los niños pobres, que viven su infancia como pueden y al borde de la barbarie, porque sólo tienen el hoy para ser niños.

Nosotros, los investigadores de la infancia, solemos decir que la primera tarea de los educadores es educarse a sí mismos. Sí, porque es extraño predicar una educación imaginativa sin cultivar nuestra propia imaginación, como es extraño

.....
* Texto publicado originalmente en las solapas de la primera edición impresa.

defender retóricamente los derechos de los niños al mismo tiempo que se aparta la mirada de los pequeños que venden dulces y paños de cocina en las avenidas de nuestro país. En la escucha acogedora de algunos de estos niños, ensayando nuevas miradas y lenguajes que puedan dar cuenta de la intensidad humana de estos encuentros y, también, explorando los caminos de la literatura desde el lado de la autoría, los investigadores del Grupo Infancia y Cultura Contemporánea nos dan otra generosa lección: muestran lo que puede hacer la sensibilidad aliada con la indignación en este tiempo hostil a la poesía, al arte, a la libertad y, por tanto, hostil a la infancia. En una primera voz vigorosa que se hace oír en los testimonios éticos y estéticos aquí reunidos, sus autores les dicen a los niños que los pueblan: “Estoy aquí. Ahora. Y te veo”.

© **NAU Editora**
Rua Nova Jerusalém, 320
CEP: 21042-235 – Rio de Janeiro (RJ)
Tel.: (21) 3546-2838
www.naueditora.com.br
contato@naueditora.com.br

Coordinación editorial: Simone Rodrigues
Traducción: Beatriz Fabiana Olarieta
Diseño gráfico y edición: Estúdio Arteônica
Foto de portada: Breno César

Consejo Editorial:
Alessandro Bandeira Duarte (UFRRJ)
Claudia Saldanha (Paço Imperial)
Eduardo Ponte Brandão (UCAM)
Francisco Portugal (UFRJ)
Ivana Stolze Lima (Casa de Rui Barbosa)
Marcelo S. Norberto (CCE /PUC-Rio, PUCRS)
Maria Cristina Louro Berbara (UERJ)
Pedro Hussak (UFRRJ)
Roberta Barros (UCAM)
Vladimir Menezes Vieira (UFF)

TARJETA DE CATÁLOGO
Datos de catalogación internacional en publicación (CIP)
Tuxped Serviços Editoriais (São Paulo, SP)

Tarjeta de catálogo preparada por el bibliotecario Pedro Anizio Gomes – CRB-8 8846

V448i Venas, Raíza; Ribes, Rita (org.).

Infancia Crónica / Organizadores: Raíza Venas e Rita Ribes; Traducción de Beatriz Fabiana Olarieta. - 2. ed. - Rio de Janeiro : NAU Editora, 2025.

101 p.

E-book: 1 Mb; PDF.

Incluye bibliografía.

ISBN 978-85-8128-154-4

1. Crónicas. 2. Educación. 3. Infancia. 4. Investigación com Niños. I. Título. II. Assunto. III. Organizadores.

CDD 305.231:869.9308

CDU 343.6:82-94(81)

